

La Ilustración

JOSE A. NEVADO
MADRID
C. BERNARDO, 10, PRAL.



Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 25 DE ENERO DE 1904

NÚM. 1.152

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL MEJOR DESCANSO

La escultura que el grabado de esta página reproduce es obra del celebrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf Carlos Janssen. Siete años estudió este artista en aquella capital bajo la dirección de Wittig, pasando después a Roma, en donde durante tres años perfeccionó sus estudios, formándose allí su verdadera personalidad. De regreso en su ciudad natal dióse a conocer por vez primera en 1884 improvisando en pocas semanas, con motivo de unas fiestas que la provincia celebró en

honor del emperador Guillermo I, una fuente monumental, *El Padre Rhin y sus hijas*, que causó general admiración, hasta el punto de que se acordó encargarle, por cuenta del Estado y del municipio, la reproducción de la misma en bronce.

Posteriormente ejecutó el hermoso monumento dedicado al emperador que se alza en una de las avenidas de Dusseldorf y en el cual la distribución y agrupación de escudos, guirnaldas, geniecillos y otros elementos decorativos ejecutados en bronce que adornan el pedestal de granito, revelan un sentimiento profundo de la armonía y un conocimiento completo de la técnica escultórica.

Las obras que expuso en la última Exposición de Bellas Artes de Dusseldorf pertenecen a un género distinto, pero no son menos notables que las anteriores. Entre ellas llamó principalmente la atención la que reproducimos al pie de estas líneas, en la que el artista ha sabido armonizar admirablemente el idealismo del asunto con el realismo de la forma. *El mejor descanso* se titula esta escultura, y en verdad que la obra responde al pensamiento del autor: basta fijarse en la expresión con que esa madre contempla a su pequeñuelo, para comprender que la sonrisa de su hijo la compensa de todas sus fatigas y le da fuerzas para proseguir su rudo trabajo.



EL MEJOR DESCANSO, grupo escultórico de Carlos Janssen

MADRID
BIBLIOTECA
UNIVERSAL
ILUSTRADA

SUMARIO

Texto.— *El mejor descanso.* — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Origen de los museos*, por Pompeyo Gener. — *El doctor Vives*, por Sebastián Gomila. — *El poema del año. Enero*, por Alfonso Pérez Nieva. — *El pintor y escultor Juan León Gerome.* — *El monumento á Castelar.* — *Salón París.* — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *La conquista*, novela ilustrada (continuación). — *En los ferrocarriles norteamericanos.* — *Las agencias de direcciones en Alemania.* — *Asas en bronce.* — *Busto en barro cocido.*

Grabados.— *El mejor descanso*, grupo escultórico de Carlos Janssen. — *El Foro romano.* — *La Fortuna.* — *Plaza y Basílica de San Pedro y Palacio del Vaticano.* — *Vista interior de la Biblioteca Vaticana.* — *El cántaro roto*, cuadro de Modesto Urgell. — *Enero*, dibujo de Giacomelli. — *El pintor y escultor Juan León Gerome.* — *Madrid. Salón Amaré. Exposición de las obras donadas por artistas españoles á beneficio de la subscripción nacional del monumento á Castelar.* — *El general López Domínguez*, presidente de la Comisión ejecutiva para la erección de un monumento á Castelar. — *Despacho de la Secretaría de la Comisión ejecutiva para la erección de dicho monumento.* — *El secretario D. Rafael del Val y sus dos auxiliares D. Fernando Moreno y D. Mariano Carrero.* — *Mariana en los Algáldes (Piedra)*, cuadro de D. Francisco Pradilla. — *Alegoría á Castelar*, escultura en bronce de Mariano Benlliure. — *Puente Viejo. El balcón de enfrente*, cuadro de José Moreno Carbonero. — *Pequeño accidente*, cuadro de Cecilio Plá. — *En el tocador*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — *Caballero del siglo XVII*, cuadro de José Llaneces. — *Recuerdo de la Granja*, cuadro de José Villegas. — *Barcelona. Salón París. Exposición de objetos de arte.* — *Cocina del Ferrocarril del Sur del Pacífico.* — *Interior de un vagón-restaurant en un tren norteamericano.* — *Vagón para los fumadores.* — *Cocineros y camareros del vagón-restaurant.* — *Asas en bronce*, modeladas por Ingram Taylor. — *Busto en barro cocido*, ejecutado por Francisco Sthal. — *Paisaje*, cuadro de José M.^a Marqués.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si yo fuese gobernante
Prolonguen ustedes esta línea de puntos suspensivos hasta donde quieran y transfórmenlos en letras y que esas letras compongan palabras y esas palabras expresen una opinión. ¿Verdad que la opinión ya la han adivinado? ¿Verdad que, por la lectura de mis crónicas, los que las hayan leído honrándome con su atención, conocen lo bastante mi criterio? Pues hagan cuenta que he expuesto detenidamente este criterio en lo que concierne á la cuestión más llevada y traída ahora... y ahórrenme la contrariedad de hablar de ella: porque á mí no me atraen ciertos asuntos sino cuando ya son *históricos*.

* *

La guerra entre japoneses y rusos parece inminente, porque los intereses de estas dos grandes naciones estaban en lucha, en el territorio coreano, antes de que pensasen en estarlo sus armas. Las guerras reconocen generalmente causas económicas, aunque la leyenda y la poesía hayan sabido darles otra explicación. Desde la expedición famosa de los argonautas, que tenía por objeto conquistar el vellocino de oro, está encontrado el símbolo de la guerra. La de Troya, atribuída á la belleza de Elena y á los celos de Menelao, probablemente sería en su origen alguna diferencia comercial—del comercio de entonces, en el cual los troyanos se ejercitaban no menos que los tios. Porque siendo necesidad pasajera y lírica el amor, necesidad permanente y épica el sustento, hay que confesar que ésta mueve á los hombres á lo que nunca les movería aquélla. Jasón es el personaje más simbólico-real de cuantos nos legó la tragedia griega, y me sorprende que ya no le hayan sacado el redón los modernos dramaturgos.

* *

En la Sociedad Ginecológica española ha leído el discurso inaugural una doctora, doña Concepción Aleixandre. Conozco á esta valerosa médica, y he oído de sus labios el relato de las dificultades con que hubo de luchar para conseguir el fin honrado que se proponía: ejercer una profesión y deber á su labor científica el sustento y el decoro de una vida útil á sus semejantes. Lo que para el varón es apenas tropiezo, fué para Concepción Aleixandre, mujer, una montaña infranqueable; debiera suceder exactamente lo contrario, si existiesen nociones de justicia—porque al débil, no al fuerte, es á quien conviene socorrer y alentar,—pero es lo cierto que á la mujer no solamente no se la ayuda, sino que se la excluye y cierra el camino por todos los medios y en todas las esferas. Por eso, cuando una mujer que ha desplegado tales condiciones de voluntad para un fin como el que perseguía Concepción Aleixandre llega á realizarlo, cumple las funciones á que se ha consagrado como las cumpliría el varón más estudioso, y demuestra sus aptitudes en ocasión solemne uniendo á la acción la palabra escrita, hemos de ver su triunfo con alegría y aplauso.

Y el discurso de Concepción Aleixandre me trae de la mano á consagrar algunas líneas al movimiento feminista, la única conquista totalmente pacífica que lleva trazas de obtener la humanidad. El mejoramiento de la condición de la mujer ofrece estas dos notas que conviene no perder nunca de vista:—*a*: que no cuesta ni puede costar una gota de sangre;—*b*: que coincide estrictamente su incremento con la prosperidad y grandeza de las naciones donde se desenvuelve. Ejemplo: el Japón, Rusia, Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados Unidos. En todos estos pueblos, que por un concepto ó por otro progresan y se fortalecen (no comparo *calidades*, comparo *cantidades*), la situación de la mujer ha mejorado mucho durante el último cuarto de siglo. En cambio, en los países que se califican por ahí fuera de decadentes (Turquía, España), la causa de la mujer no progresa, sobre todo en las costumbres, pues en la ley no faltan amplitudes y concesiones que no se han aprovechado. Lo demuestra el ejemplo de la Aleixandre. Ahí tenemos una mujer ejerciendo, legalmente, una profesión científica. Si pudiésemos unir al nombre de la Aleixandre una docena, dos docenas de nombres, el caso constituiría un síntoma muy favorable á España. Por desgracia hay que reconocer que se trata de un hecho aislado, sin imitadoras, y por consiguiente, honroso tan sólo para el individuo.

* *

Una de las señales más claras, más expresivas, en el sentido del adelanto que observo en favor de la mujer, fuera de España, es el lenguaje y el criterio de una publicación francesa que acabo de recibir, que trata de feminismo y está redactada en gran parte por eclesiásticos. Cuando me acuerdo de algunas ideas y conversaciones con sacerdotes españoles, por otra parte respetables, y las comparo á esto que leyendo voy, no puedo menos de repetir para mis adentros: «¡El mundo da vueltas, pero el espíritu camina!»

Esta publicación católica reconoce que la cuestión feminista es una cuestión libre; que la Iglesia en nada se opone al progreso de la mujer. Distingue después entre el sentido judaico y el sentido evangélico de la Biblia, y dice que no debemos sorprendernos si, en ciertas cuestiones, como esta de la mujer, el libro santo propone soluciones orientales, y refleja, en su modo de hablar de las mujeres, las ideas semíticas corrientes en su tiempo. «Hay que olvidar la Eva hebrea y mirar á la Eva católica, la Virgen María...» Debemos condenar también—sigo expresando el criterio de la publicación á que me refiero, *La femme contemporaine*—las burlas insípidas, las fáciles caricaturas que han hecho de la tendencia feminista los bufones de la pluma. El feminismo, no puede negarse, responde á una verdadera necesidad social; las mujeres que han reivindicado sus derechos tenían razón, y se les ha contestado con guasas ó con injusticias. En el mismo hogar, conviene que se especifiquen los derechos y los deberes de la mujer, que se le reconozca su iniciativa, que no sea sólo el ser obediente y sujeto, la primer criada. ¡Sombra de Eguilaz, moraleja turca de la *Cruz del matrimonio*, que aquí nos sirvieron con disfraz cristiano! ¡Dónde os arrumba el catolicismo ilustrado, que tiene oídos y oye!

De acuerdo con el nuevo sentido, el abate Jorge Frémont indica la conveniencia de reforzar la enseñanza científica de la mujer (¡oh tiempos, en que parecía diabólico en la mujer saber que Rusia es una potencia del Norte!) y también la enseñanza religiosa (¡falta hace!) con el conocimiento razonado de los dogmas. Hasta sería útil que la mujer asistiese á las aulas de la Sorbona. Sólo uniendo á la religión la ciencia podrán las mujeres dar á sus hijos una primer educación religiosa sólida, sin mancha de supersticiones.

Tal lenguaje es sencillamente conforme á la razón; pero aquí nos hemos pasado lo mejor de nuestra vida oyendo condenar los intentos de instrucción y de personalidad en la mujer, y encontrando en periódicos que llevaban el rótulo oficial de católicos el eco anticuado de las pullas de José de Maistre, que comparaba con el mono á las mujeres estudiosas. No han penetrado aún en nuestro ambiente estas opiniones que leo con sorpresa grata. Muchas escandalizarían. No faltaría quien se persignase como si hubiese visto al diablo. ¡Vade retro!—Y no se crea, no, que los *cangrejos* (empleemos este substantivo, que adjetiva, y que se nos impone por su actualidad aplastante), que los *cangrejos*, digo, en la cuestión feminista, se pescan sólo en las filas de la gente que profesa ideas reaccionarias, políticamente hablando. La evolución social es una cosa y las ideas políticas otra. En lo social, he comprobado muy á menudo, sin extrañe-

za, que no son los más rezagados los conservadores. Cuecen el *potage bisque* en todas partes.

* *

¿Qué importa además la etiqueta, el número de orden político que un hombre lleva en la frente, como, si los partidos adoptasen uniforme, lo llevaría en la gorra? Lo único valedero, en cuestiones sociales, no es la opinión política; es el grado de cultura; aquí está el busilis. ¿Quiéren ustedes decirme si no es igual que sean más liberales que Riego ó más reaccionarios que Calomarde los cafres á que se refiere la noticia que reproduzco exactamente de un periódico?

«Los médicos encargados de la vacunación á domicilio en el distrito de la Latina, han comunicado al alcalde que al ir el martes á practicar su cometido en la calle del Aguila, fueron atacados por una turba que les agredió obligándoles á retirarse.

»Los citados médicos solicitan de la autoridad que se les proteja por la fuerza pública para poder continuar las operaciones de vacunación y revacunación en la Latina, donde como saben los lectores se registró en diciembre último una cifra de mortalidad por viruela superior á la de todos los demás distritos de Madrid juntos.»

* *

El doctor Ulecia y Cardona nos informa, en folletos interesantes, de cómo la mortalidad de los niños de pecho es mayor en Madrid que en ninguna capital. España se despuebla, no por escasez de natalidad, sino porque el niño no vive. En Madrid muere más gente de la que nace: hecho casi increíble, aterrador.

La mortalidad de los niños se debe al mal cuidado y á la miseria. A veces el niño sucumbe porque le atracan; porque le indigestan; otras, porque le extenuan. El remedio está en la higiene y en la inteligencia; en los *Consultorios de niños de pecho* y en la persecución implacable de la leche adulterada.

Uno de estos *Consultorios* acaba de fundarse en Madrid, bajo la protección de la reina madre y con el auxilio de los marqueses de Casa-Torre, que saben hacer buen uso de su caudal y entender excelentemente los deberes de los poderosos cristianos en estos tiempos difíciles. Cuando visite el nuevo establecimiento diré algo más de tan buena obra; por ahora me limito á transcribir lo que escribe el doctor Ulecia en el primer capítulo de su libro *Los consultorios de niños de pecho*. «Los marqueses de Casa-Torre (don José María de Lizana y doña Dolores Chávarri) se brindaron á proporcionarme todos los recursos necesarios para la instalación del Consultorio.» No ha resonado con gran estrépito este rasgo de los marqueses; lo envuelve, por ahora, cierta discreta penumbra. Y es que los marqueses de Casa-Torre son de suyo modestos, sencillos, reservados, enemigos de bambolla y de exhibición, aunque comprendan que la caridad social no puede ser secreta ni ignorada, porque también tiene su contagio. La noble pareja bilbaína ha realizado un bien y presentado un modelo de acción católica, tal cual hoy la necesitamos y comprendemos, al impulso de las repetidas enseñanzas de León XIII, de la marcha general de una Iglesia que percibe, en los costados de la nave de Pedro, el embate más que nunca furioso de las olas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Es una ley del progreso del bienestar multiplicar las necesidades más de prisa que los medios de satisfacerlas.

G. M. VALTOUR.

Es preciso querer vivir y saber morir.

NAPOLEÓN.

El mejor sistema de defensa es el ataque.

MOLTKE.

Se mimra con frecuencia á los niños, lo que es peligroso para ellos, y muy raras veces á los viejos, lo que no entrañaría peligro alguno.

G. TOURNADE.

Nos dejamos llevar demasiado de la manía de erigir estatuas y monumentos á nuestros grandes hombres; pero de todos modos, más vale esto que darles al olvido.

En concepto de los partidos, el que deja de ser esclavo se convierte en desertor.

JULIO SIMÓN.

Un cuadro está terminado cuando ha desaparecido toda señal de los medios empleados para obtener el resultado: el trabajo borra las huellas del trabajo.

J. MAC NEIL WHISTTER.



ORIGEN DE LOS MUSEOS. - EL FORO ROMANO

ORIGEN DE LOS MUSEOS

Carece de todo fundamento la pretensión de ciertos escritores de que los museos han sido obra de los modernos y de que los antiguos no tuvieron idea al-



LA FORTUNA

Una de las esculturas más celebradas en el Museo del Vaticano

En la primera antigüedad no se exhibían los cuadros más que en los templos, y más bien en el concepto de rendir culto á la divinidad que como cuestión de exhibición, de decoración ó de ornato. Pero á impulsos de lo que habían hecho los griegos, pronto no existió lugar en el que no se tropezara con obras pictóricas, ya no tan sólo en los templos y en los edificios públicos, sino en lo más recóndito de las casas particulares. Así hubo galerías tales como la Curia Juliana, uno de los puntos de reunión del Senado, y hasta se instalaron en las murallas exteriores, al aire libre y á la luz del día.

Roma vino á ser toda ella una verdadera pinacoteca; el Foro de Augusto resplandeció por el número de sus cuadros; y lo mismo el Foro de César y el Foro romano, el peristilo de muchos templos, y particularmente los pórticos destinados á público paseo.

Los tres edificios más célebres de este género son los pórticos de Octavia, de Filipo y de Pompeyo, que estaban literalmente llenos de pinturas.

A pesar del elevado precio en que se evaluaban las más delicadas obras pictóricas, los romanos no tenían reparo alguno en colocarlas á la intemperie; lo suave del clima y la sequedad de la atmósfera creyeron ellos que eran más que suficientes para preservarlas de la alteración producida por el transcurso de los tiempos. De este modo todo el mundo podía aprovecharse y recrearse constantemente en admirar las obras expuestas. A pesar de lo que asevera el autor francés M. Le Gaulois, en su obra titulada *Roma en el siglo de Augusto*, no se puede negar que estos museos, al aire libre, debían ser muy contrarios á la conservación de los cuadros que se exponían; pero este inconveniente era de poca monta ante la gran ventaja de poder hacer admirar continuamente á todo el pueblo romano las obras de mayor mérito.

Los hombres eminentes que vivieron en las postrimerías de la república romana comprendieron que no le bastaba á Roma con la gloria de haber conquistado el mundo por la fuerza de las armas, y aspiraron á convertirla en una metrópoli de cultura y civilización superior, embelleciéndola al efecto con todo el lujo que ofrecen las artes. César desarrolló notablemente el impulso iniciado por los últimos republicanos, tanto que á él se le debe la fama de que hoy goza la pintura en Roma. (Plinio, XXXVIII, 9.)

En la época de su dictadura inauguró públicamente en la fachada del templo (ante ædem) de la Venus Genitrix, dos cuadros debidos al pincel del pintor griego Timonaco, un *Ajax* y una *Medea*, que los había adquirido por la suma de 80 talentos (cerca de 373.500 pesetas de nuestra moneda). El mismo Plinio nos refiere que Agripa, hombre de costumbres más bien rústicas que delicadas, pero dotado al mismo tiempo de mucho talento, pronunció un discurso muy notable respecto á la publicidad que se debía dar á las obras esculturales y pictóricas. (*De tabulis omnibus signisque publicandis*): este gran ciudadano, uniendo el ejemplo á la palabra, no titubeó en pagar 300.000 dineros (prox. 228.450 pesetas) por

un *Ajax* y una *Venus* que le fueron cedidos por la villa de Císica. Asimismo ordenó colocar algunos cuadros en una de las salas de las termas que había mandado construir y que luego dejó en su testamento al pueblo romano.

Augusto no se limitó á atesorar pinturas en el interior de varios templos y otros edificios públicos de Roma; sino que adornó la parte más visible de su Foro con dos obras maestras de Apeles, la *Guerra* y el *Triunfo de Alejandro*.

Más tarde y cuando el emperador Constantino había hecho de Bizancio la capital de su imperio, reunió las estatuas de todos los países que pudo hallar y las pinturas más hermosas de los maestros más eminentes, teniendo la buena idea de no aglomerarlas en un solo local; destinándolas á la decoración de varios edificios y paseos de la ciudad, transformándola así, á semejanza de Roma, en un vasto museo.

También es muy probable que en Constantinopla como en Italia y primitivamente en Grecia, los príncipes y los ricos formaron colecciones particulares de cuadros y obras de arte.

Por lo que toca á la Edad Media, podemos decir que durante este período no existió ningún verdadero museo: sólo viniéronlo á ser en cierto modo las iglesias, desplegándose un lujo inusitado de pinturas y esculturas en el interior y en el exterior de los templos, tanto que en algunos, preciso es confesarlo, más bien sirvieron para estimular la pública curiosidad y deleitar la vista del espectador que para enaltecer la piedad. Las poderosas cofradías poseían desde tiempos muchos tesoros artísticos, particularmente grabados sobre piedras preciosas que tenían un origen pagano y de este modo se conservaron hasta la época moderna.

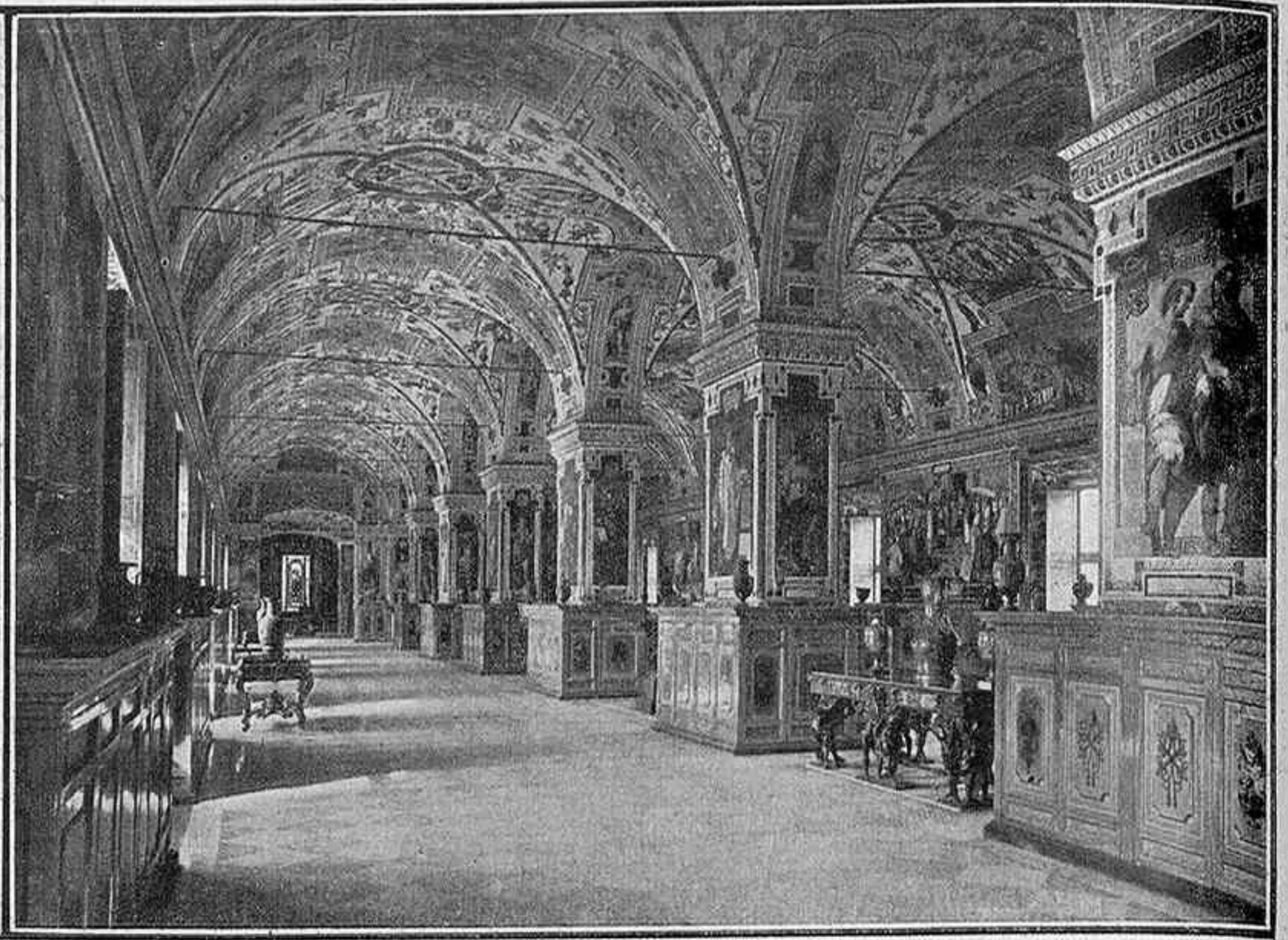
Los reyes y los príncipes tuvieron también en las catedrales y capillas sus colecciones más ó menos importantes.

A partir del siglo xv empezaron ya á coleccionar en sus palacios, y estas colecciones han servido, muchas de ellas para formar la base de la mayor parte de nuestros grandes museos contemporáneos. De este modo las colecciones de los Médicis han originado los museos de Florencia; las colecciones de los papas crearon el museo del Vaticano; la de Farnesio constituyó un punto de partida para el museo de los Studii, y los despojos del monasterio del Escorial y las armaduras de los reyes y grandes personajes enriquecieron la Armería de Madrid. En cuanto al museo del Louvre ha sido formado por las colecciones de Francisco I, de Luis XIV y de otros monarcas.

Durante todo el tiempo que las colecciones fueron exclusiva propiedad de los reyes y príncipes, estas galerías estuvieron abiertas á los artistas y á los admiradores; pero fácilmente se comprenderá las muchas vicisitudes que éstas sufrieron. El capricho de sus dueños podía retirarlas á su antojo y privar con esto el que los aficionados á las obras artísticas pudieran admirarlas, como también podían ser arrebatadas ó substraídas á consecuencia de cualquier revolución política, lo que precisamente sucedió con la



ROMA. - Plaza y Basílica de San Pedro y Palacio del Vaticano, donde está instalado el Museo



ROMA. - Vista interior de la Biblioteca Vaticana

magnífica colección de Carlos I, rey de Inglaterra, después de la decapitación de este príncipe.

Sólo los *museos* tuvieron verdadero carácter de instituciones públicas desde los comienzos de la Revolución francesa; y aunque en algunos países continuaron siendo patrimonio de la corona, desde las constituciones modernas fueron considerados nacionales y ya no podían sufrir modificación alguna sin el previo consentimiento de los representantes de la nación.

A la iniciativa de la Francia republicana fué debido este gran paso, la cual tuvo la gloria de dar el ejemplo á las demás naciones, siendo el Louvre el primer *museo* que con el verdadero carácter de nacional se fundó en Europa.

Como orden de fundación siguen el germánico de Nuremberg, el Museo de Bellas Artes de Madrid, la Armería real, el de Bruselas, el de pinturas de Amberes, el Arsenal de Viena y otros.

La edad moderna ha vuelto á emprender la tarea de las antiguas.

Los estados modernos han comprendido que sin tener un arsenal de la cultura de otras épocas á la disposición del pueblo, la cultura de éste era imposible, pues la inteligencia humana necesita una tradición, ya que toda ella no es más que trabajo acumulado.

Así han votado grandes sumas anuales para la adquisición de antigüedades artísticas de todos los tiempos. Sólo España se ha mostrado algo refractaria á dar incremento á los *museos*.

Barcelona no los tuvo hasta que el que suscribe, junto con D. Francisco Miquel y Badía, tomaron la iniciativa y consiguieron del Ayuntamiento que les dedicara los edificios vacíos del parque.

Y luego las consignaciones han sido exiguas, tan exiguas que apenas si se han conseguido algunos objetos de valor escaso.

En el próximo artículo nos ocuparemos del Museo de Londres.

EL DOCTOR VIVES

El afamado doctor vivía satisfecho; no tenía queja de la suerte. Veía crecer su renombre, ganaba un di-

con toda el alma. Era amado también. Su talento, su gloria, si le ufanaban, era por el bien de aquellas dos delicias que le concediera el cielo.

A su esposa, ¡cuántas veces la hacía ruborizar ponderando la hermosura de Marcela, la niña, vivo retrato de la madre!.. Hecho á contemplar dolores y lacerias, diríase que toda la ternura guardábala para su casa, y todas las sonrisas también.

Eran felices, muy felices.

Pero la suerte no es muy constante; se cansa con frecuencia de ir apartando abrojos en el camino que el favorecido recorre. A lo mejor huye, ó da un rodeo... y ¡zás!, cádate un pinchazo. Súbita dolencia arrebató á la vida á la esposa amante y madre cariñosísima.

El doctor Vives soportó el rudo golpe..., pero llegó á dudar de su suficiencia como médico. El hábito de la contemplación de la muerte no impidió que el doctor se asombrara ante la misma.

La afición se reconcentró en la niña; su cariño, su amor de padre, que era grande, fué inmenso. La tiranuela de la casa le embotaba cuanto quería, le tenía abotagado de orgullo. Pensó en retirarse de su ejercicio, consagrarse exclusivamente á su hija... La idea de perderla también le ponía inquieto... Por ella, no obstante, no se apartó del social bullicio. ¿Iba por ventura á encerrar aquella joya en rústico estuche, y á sus quince-años desterrarla del mundo?

Marcela frecuentó la sociedad, la alta sociedad..., triunfando á las primeras. Al poco tiempo, ella, que jamás tuvo secretillos para su padre, anduvo mohina y recelosa ocultando algo. El doctor Vives la vió desmejorar, y se alarmó. ¿Qué tendría? Y el caso era que, á las interrogaciones del autor de sus días, en realidad no sabía ella qué responder. Sólo sabía que desde cierta noche, en cierto baile y ante ciertas miradas, algo se pegó á su imaginación, que bien podría ser la figura de apuesto joven de linajuda ascendencia.

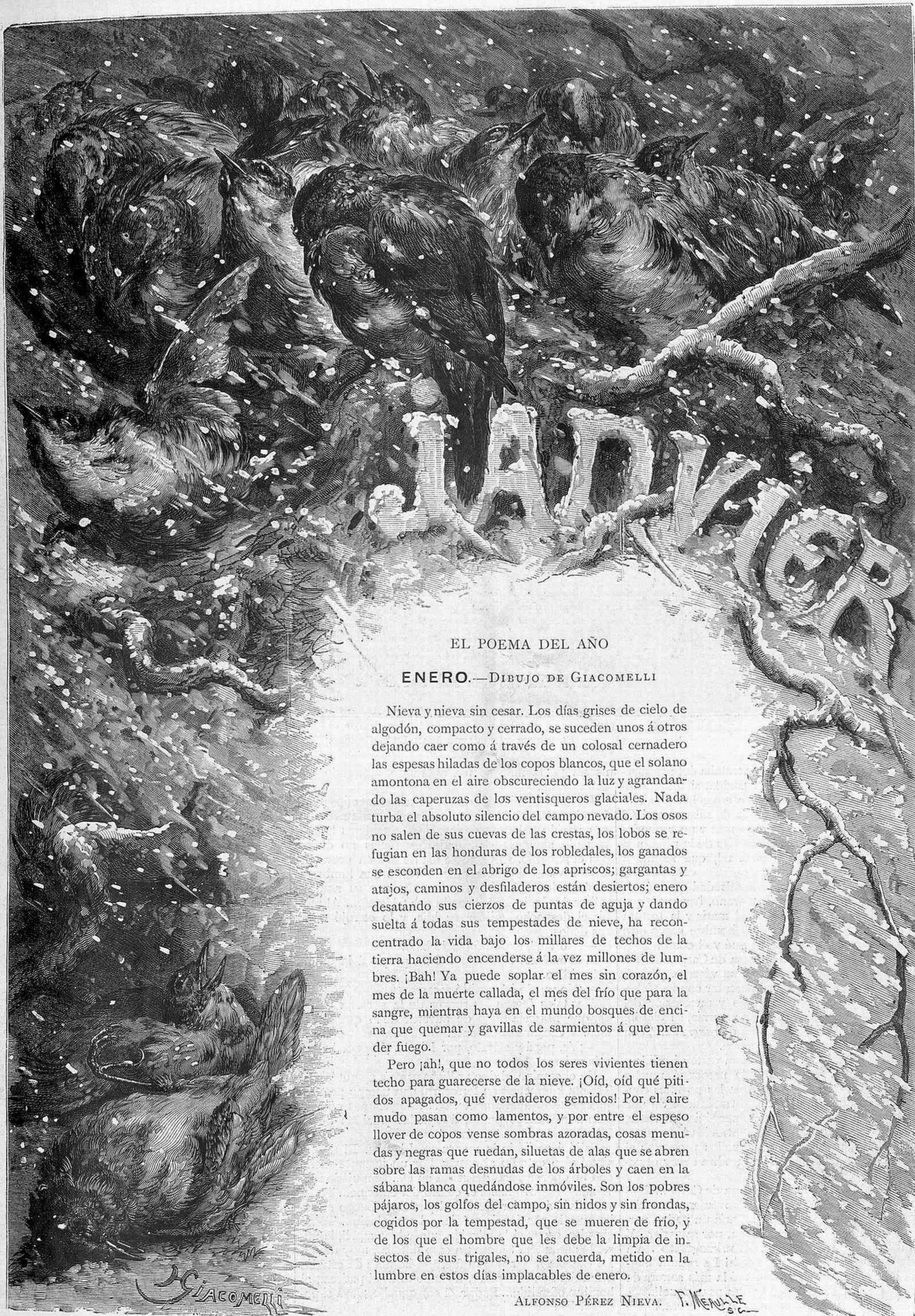


El cántaro roto, cuadro de Modesto Urgell

POMPEYO GENER.

neral, tenía una esposa adorable y una hija que era un encanto. Amaba su carrera, para la cual excusado es decir que tuvo gran vocación, y amaba á los suyos

noche, en cierto baile y ante ciertas miradas, algo se pegó á su imaginación, que bien podría ser la figura de apuesto joven de linajuda ascendencia.



EL POEMA DEL AÑO

ENERO.—DIBUJO DE GIACOMELLI

Nieva y nieva sin cesar. Los días grises de cielo de algodón, compacto y cerrado, se suceden unos á otros dejando caer como á través de un colosal cernadero las espesas hiladas de los copos blancos, que el solano amontona en el aire oscureciendo la luz y agrandando las caperuzas de los ventisqueros glaciales. Nada turba el absoluto silencio del campo nevado. Los osos no salen de sus cuevas de las crestas, los lobos se refugian en las honduras de los robledales, los ganados se esconden en el abrigo de los apriscos; gargantas y atajos, caminos y desfiladeros están desiertos; enero desatando sus cierzos de puntas de aguja y dando suelta á todas sus tempestades de nieve, ha reconcentrado la vida bajo los millares de techos de la tierra haciendo encenderse á la vez millones de lumbrés. ¡Bah! Ya puede soplar el mes sin corazón, el mes de la muerte callada, el mes del frío que para la sangre, mientras haya en el mundo bosques de encina que quemar y gavillas de sarmientos á que prender fuego.

Pero ¡ah!, que no todos los seres vivientes tienen techo para guarecerse de la nieve. ¡Oíd, oíd qué pitidos apagados, qué verdaderos gemidos! Por el aire mudo pasan como lamentos, y por entre el espeso llover de copos vense sombras azoradas, cosas menudas y negras que ruedan, siluetas de alas que se abren sobre las ramas desnudas de los árboles y caen en la sábana blanca quedándose inmóviles. Son los pobres pájaros, los golfos del campo, sin nidos y sin frondas, cogidos por la tempestad, que se mueren de frío, y de los que el hombre que les debe la limpia de insectos de sus trigales, no se acuerda, metido en la lumbre en estos días implacables de enero.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

F. MEUNIER
SC.



El doctor Vives era un gran psicólogo. No hubo de esforzarse mucho para dar con la causa del mal... Nola re rindió muy de firme... se trataba de un pe-

seis meses. Marcela sonreía á su padre, yéndosele con el esfuerzo el alma... Aires puros en el campo, esparcimiento y solaz, mucho oxígeno, tónicos y más tó-

lo que fuese... La niña la oyó conmovida, emocionadísima. La de Carpe pidió al doctor que le presentara á su hija. En presencia de ésta, la noble señora se



EL PINTOR Y ESCULTOR JUAN LEÓN GEROME

cadillo menos que venial..., y se trataba del primogénito de la marquesa de Carpe. ¡Bah!., si tomara incremento la afición y llegaban las cosas hasta la bendición del cura, ¿por qué le había de saber mal á él? Pero que la cosa fué siendo algo más y peor que insignificante, dijéronlo ciertas murrias de la niña, una palidez alarmante y una tristeza tal, que resultaba hasta pegadiza.

Como en materias de amor la falsedad corta á menudo y la ingratitud danza sin freno, barruntó que alguna de esas dos cosas daba el matiz y la tortura de la niña; y allá se fué nuestro hombre como otro Vargas dispuesto á averiguar el qué y el cómo.

¿Qué averiguó? Que la marquesa de Carpe, habiendo atisbado ciertas tendencias de su vástago, y frenética á la sola suposición de emparentar con lo plebeyo, así fuera lo más distinguido y merecedor del mundo, se apresuró á afianzar su alcurnia, su blasón, buscando para su hijo compañera de *sangre azul*, con la cual iba á casarse dentro de poco.

El doctor Vives se sintió por una parte ofendido y dolorido por otra. Esto último le preocupó mucho más, está claro, como que él sabía las posibles contingencias de aquella desilusión, tratándose de una sensitiva como Marcela. Esta empeoró á ojos vistas, y cada mes que pasaba era una atrocidad de estragos... ¡Ay! No, maliciaba que aquellos progresos el médico no iba á evitarlos... ¿Los podría evitar el padre con un recurso supremo?

Fué y habló á la señora marquesa de Carpe... Esto era pasar por cima de todas las conveniencias sociales, por cima de todo... ¿Qué no haría un padre, persuadido de que se le muere su hija, por salvarla? Y sin embargo, fué todo inútil... El primogénito iba á casarse dentro de pocos días... ¡Oh! La señora marquesa, gracias al empaque, no soltó la más sonora de las carcajadas. ¡Cuidado que era un paso aquel!.

Sí, el doctor Vives lo comprendía también..., aquello fué ridículo, absurdo cuasi... Lo otro, el casamiento, era la cosa más natural del mundo..., no ofrecía nada de particular..., no ofrecía sino que... que probablemente costaría una muerte.

La boda del marquesito se había efectuado hacía

nicos... ¡Y la niña se iba apurando, apurando que daba pena!.

La luna de miel del de Carpe tuvo un eclipse. Enfermó en París. Al regreso, se pensó seriamente en su curación. Algunas eminencias extranjeras habían vacilado, algunas celebridades españolas no dieron con el remedio. El paciente iba de mal en peor... El doctor Vives estaba reputado como una lumbrera, según se ha dicho, y no es extraño que su nombre saliera á relucir. Fué llamado por telégrafo... Al recibir el despacho, miró á su hija, y lo estrujó entre sus dedos.

—¡No voy!, exclamó por lo bajo.

A la mañana siguiente fué un propio á la quinta del médico.

—¡No puedo ir!, repitió secamente.

Más tales fueron los ruegos de la persona enviada, que Marcela hubo de advertir de lo que se trataba. Y exclamó suplicante:

—¡Ve, papá y sálvalo, por Dios!... ¡Ve, por lo que más quieras!

En el camino, el doctor Vives parecía un autómatá. Treinta kilómetros en ferrocarril dan tiempo para divagar extraordinariamente. Sus divagaciones convergían á un mismo punto, á aquellas palabras de su hija: *¡por lo que más quieras!*.

Salió á recibirle la marquesa. Lloraba. El doctor sintió algo extraño al entrar. Por un instante vaciló con una perplejidad desusada en él... Empujado suavemente anduvo hacia el cuarto del enfermo... Todavía volvió á vacilar viendo al paciente. Luego se sobrepuso la conciencia médica, el sacerdocio... Tomó el pulso, escuchó la relación que le hizo aquél, le miró, le auscultó... Sí, era un caso difícil..., muy difícil. La Ciencia reclamaba su fuero, el hombre de estudio avanzaba con intrepidez, dejando atrás al padre..., al hombre ofendido... Podría él con aquello, ¡vaya si podría!.. El diagnóstico estaba hecho. Consultó con el médico de cabecera y trazó un plan curativo...

A los pocos días el joven estaba fuera de peligro, podía decirse que salvado.

Dos meses después fué la marquesa personalmente á la morada del doctor á darle las gracias y á pagarle

sintió humillada y enternecida á la vez. El doctor Vives se obstinó en no admitir un céntimo...

Al salir, preguntó la marquesa:

—¿Qué tiene esa pobre niña?

—Lo que no cura la farmacopea, señora.

—¡La daría mi sangre!.. Debo á usted la vida de mi hijo, y esto no tiene precio...

El doctor iba á responder, pero se contuvo.

Su mirada fué un dardo. Su ademán solemne, como despreciando necios orgullos y torpes vanidades, veló un gemido de dolor que escapara de su pecho, y obligó á la marquesa á bajar los ojos.

SEBASTIÁN GOMILA.

EL PINTOR Y ESCULTOR JUAN LEÓN GEROME

La muerte repentina imprevista de Gerome ha causado una emoción profunda, no sólo en el mundo artístico, sino también en toda la sociedad parisiense, que el maestro frecuentaba y en donde se le acogía siempre con cariño y entusiasmo. Su fisonomía delicada, energética, franca, en la que á pesar de los años se reflejaba todavía la expresión de su juventud, era por decirlo así legendaria en París. Era un hombre elegante, esbelto, de penetrante mirada, de ademanes cordiales y graciosos, de imperiosa y sonora voz y exento de vanidad.

Nació en Vesoul (Alto Garona) en 11 de mayo de 1824, y en 1841 se trasladó á París, estudiando en la Escuela de Bellas Artes bajo la dirección de Delaroche. Muy pronto se dió á conocer como pintor excelente, alcanzando en la exposición de 1847 una medalla de tercera clase y una de segunda en la de 1848 y llamando la atención por sus intenciones literarias y arqueológicas. Hizo varios viajes á Italia, Turquía y Egipto, y en 1855 fué agraciado con la cruz de la Legión de Honor. En las exposiciones sucesivas obtuvo siempre honrosas recompensas y en la universal de 1867 se le adjudicó una gran medalla. Antes, en 1855, había sido nombrado miembro del Instituto. En el Salón de 1874 alcanzó la gran medalla de honor, y en 1876 fué nombrado miembro del Consejo Superior de Bellas Artes.

Gerome cultivó los más diversos géneros; pero lo que le conquistó mayor celebridad fueron sus cuadros de costumbres de Roma y Grecia antiguas. También se dedicó á la escultura, arte en el que produjo algunas obras notables, especialmente las estatuas inspiradas en las famosas de Tanagra.

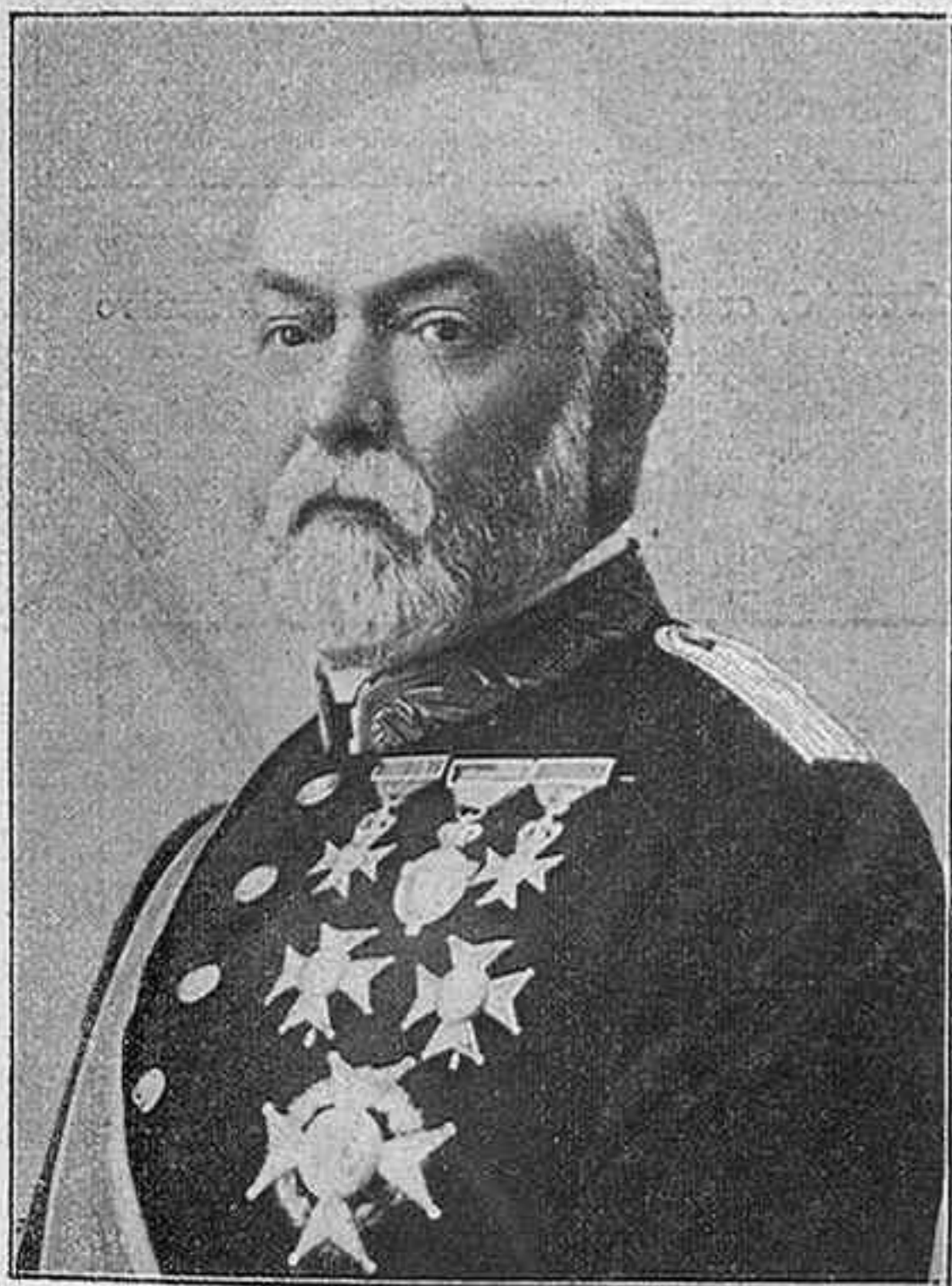
Entre sus cuadros principales pueden citarse *Friné ante el Areópago*, *Dos Augures*, *Ave César, morituri te salutant*, *Pollux verso*, *Mártires cristianos*, *Escena del Calvario*, *Luis XIV y Molière*, *Luis XIV en el parque de Versailles*, *La Eminencia gris*, etc. — R.



MADRID. — SALÓN AMARÉ. — Exposición de las obras donadas por artistas españoles á beneficio de la subscripción nacional del monumento á Castelar

EL MONUMENTO A CASTELAR

A raíz de la muerte del elocuente tribuno y estadista eminente D. Emilio Castelar, concibieron muchos de sus admiradores la idea de erigir por subscripción nacional un monumento que



El capitán general Excmo. Sr. D. José López Domínguez, presidente de la Comisión Ejecutiva para la erección de un monumento á Castelar.

perpetuara su memoria. El pensamiento halló en todas partes entusiasta acogida, y para llevarlo á la práctica constituyóse una Comisión Ejecutiva, cuya presidencia se confió al Excelentísimo Sr. Capitán general D. José López Domínguez y de la que formaron parte personalidades ilustres en todos los ramos del saber humano.

Comenzó esta comisión sus trabajos, y desde un principio el mayor éxito coronó sus esfuerzos: todas las regiones de España y muchas naciones extranjeras, especialmente las repúblicas latino-americanas, respondieron á su llamamiento contribuyendo á la subscripción nacional que se abrió y que alcanza en la actualidad la cifra de 154.000 pesetas.

Tratándose de un monumento á Castelar, al fundador de la Academia Española en Roma, no podían menos de aportar su valioso concurso los artistas españoles. Los pensionados de la Academia, deseando rendir de algún modo tributo de respeto y cariño al que, en medio de las dificultades y preocupaciones de su corto y tormentoso gobierno, no olvidó la importancia que para un pueblo tiene lo que se refiere al arte, se brindaron á contribuir á la subscripción enviando algunas obras para que la comisión dispusiera de ellas en la forma que más conveniente estimara. Y siguiendo tan hermoso ejemplo, los pintores y escultores de mayor nombradía ofrecieron cuadros y esculturas, cuyo producto engrosase la cantidad recaudada.

Con todas estas obras, la comisión ha organizado una exposición notabilísima, que se ha instalado en los magníficos salones que para la venta de toda clase de objetos de arte tienen en Madrid los Sres. Amaré, el cual establecimiento, dispuesto con el más exquisito gusto y lleno de preciosidades artísticas, es indudablemente uno de los más importantes y dignos de ser visitados de la corte.

Bajo la dirección del ilustre pintor José Villegas, director del Museo Nacional, se han dispuesto con gran acierto en dos gran-

des salas las 150 obras recibidas por la comisión, entre las cuales las hay firmadas por el citado Sr. Villegas, por Garnelo (M.), Parada Santín, Francés, Farreras (Antonia), Agrassot, Lhardy, Benlliure (Blas), Nin y Tudó, Bent, Saint-Aubin, Benlliure (José), Benedito, Morera, Alvarez Dumont, Martínez Abades, Medina Vera, Pla y Rubio, Sala, Pradilla, Martínez Cubells, Lezcano, Pla, Bilbao, Jiménez Aranda, Llaneces, Viniegra, Moreno Carbonero, Ruiz Luna, Andrade, Domingo, Ferrant, Garnelo (J), Checa, Domínguez, Parladé, Cabrera Cantó, Marqués, Muriel, Bauzá, Marín, Caviedes, Pulido, Maura, Trilles, Blay, Querol, Alcoverro, Benlliure (M.), Marinas y otros muchos. Todas estas obras se adjudicarán al mejor postor, para lo cual,



Despacho de la Secretaría de la Comisión Ejecutiva para la erección de un monumento á Castelar. — El secretario D. Rafael del Val y sus dos auxiliares D. Fernando Morero y D. Mariano Carrero.

mientras la exposición se ha celebrado, se han ido admitiendo pujas que se hacían públicas mediante tarjetas que se colocaban al lado del cuadro ó escultura correspondiente y en las que se consignaba la cantidad ofrecida.

En esta página y en las siguientes reproducimos alguna de las principales obras que en la exposición han figurado. También publicamos la vista de una de las salas de la casa Amaré y los retratos del general López Domínguez y de D. Rafael del Val, de quien puede decirse que ha sido el alma de la comisión, de la que es secretario.

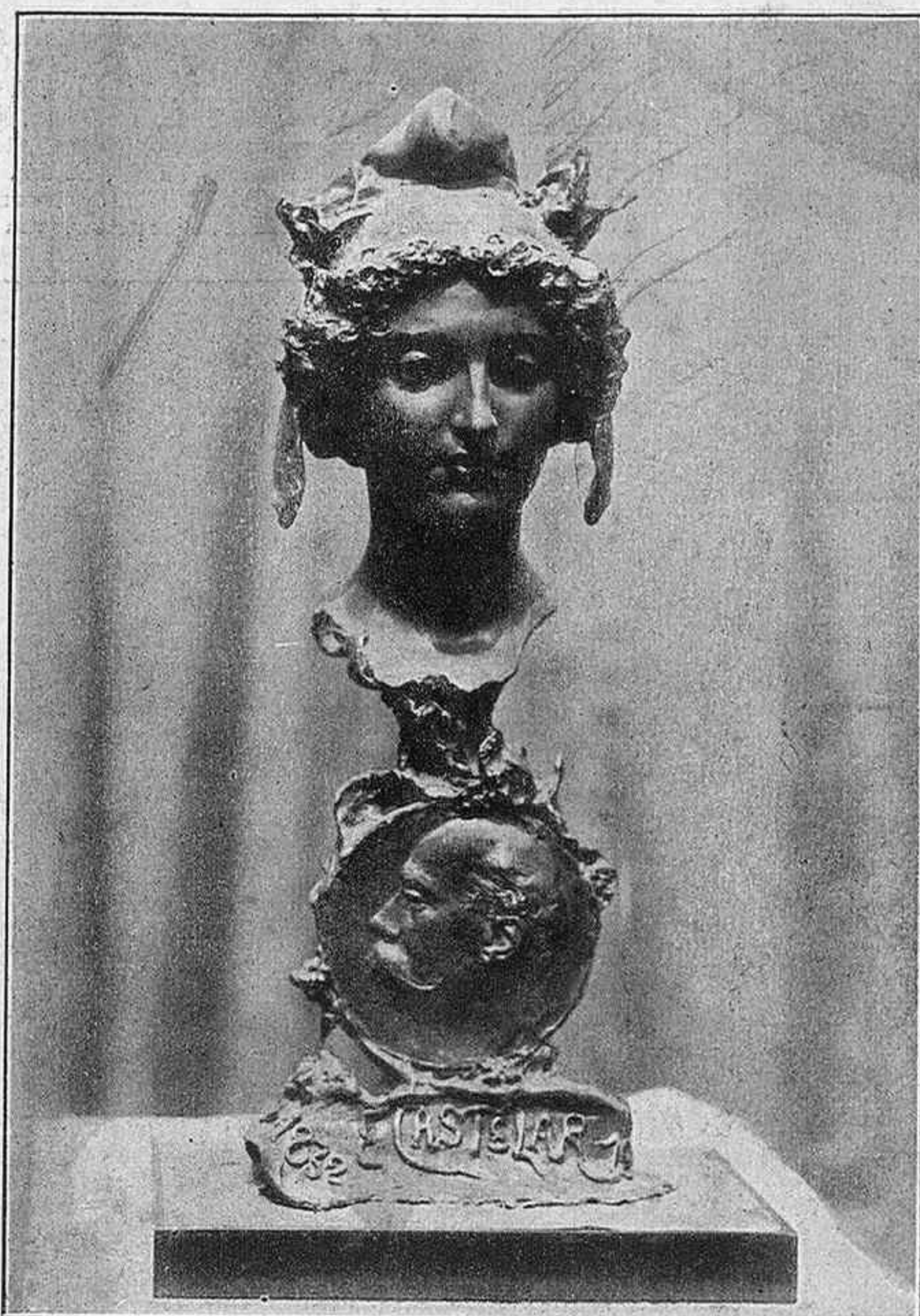
Las fotografías de donde están tomadas las reproducciones que publicamos son del reputado fotógrafo madrileño Sr. Cifuentes.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que durante tantos años se honró con la colaboración de D. Emilio Castelar, rinde este humilde homenaje á su memoria y felicita con entusiasmo á cuantos han contribuido á que el preclaro repúblico, el orador sin par, tenga un monumento digno de sus merecimientos. — M.

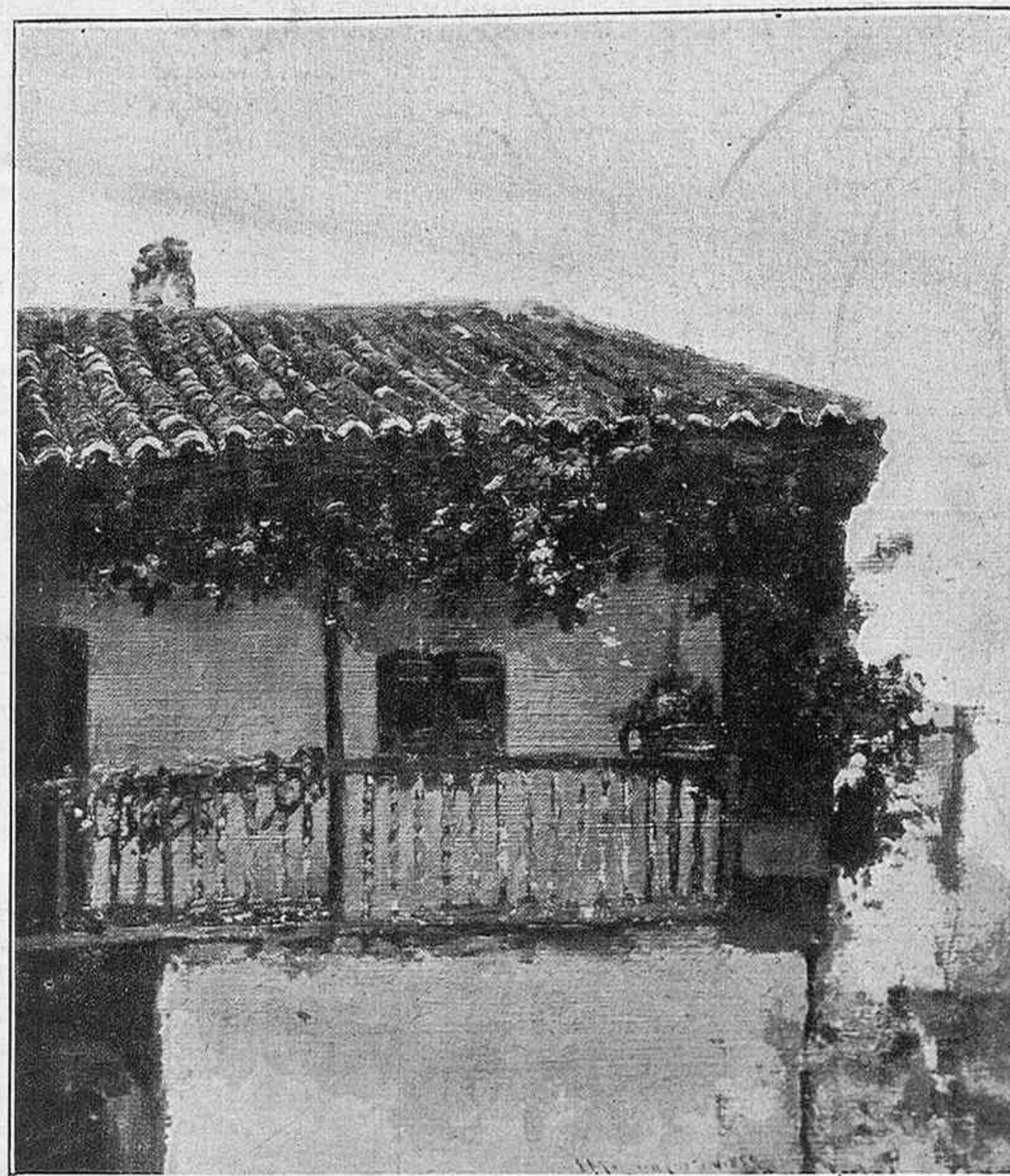


MAÑANA DE VERANO EN LOS ALGÁLIDES (PIEDRA), cuadro de Francisco Pradilla, para la subscripción del monumento á Castelar

Subscripción nacional para el monumento á Castelar



Alegoría á Castelar, escultura en bronce de Mariano Benlliure



Puenteviesgo. El balcón de enfrente, cuadro de José Moreno Carbonero



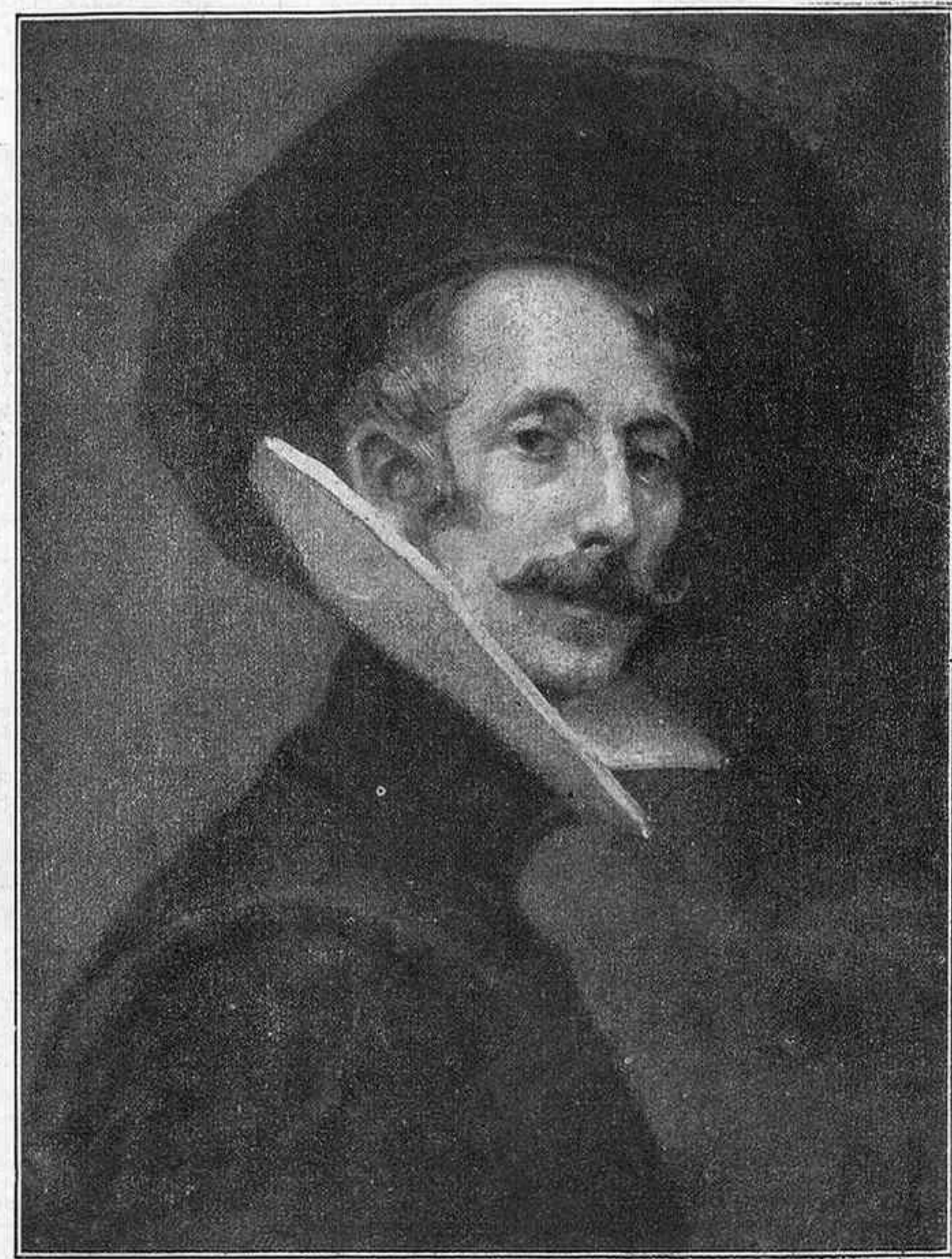
Pequeño accidente, cuadro de Cecilio Plá

MADRID. SALÓN AMARÉ. — Exposición de obras donadas por artistas españoles

Subscripción nacional para el monumento á Castelar



En el tocador, cuadro de Gonzalo Bilbao



Caballero del siglo XVII, cuadro de José Llaneces



Recuerdo de la Granja, cuadro de José Villegas

MADRID. SALÓN AMARÉ. — Exposición de obras donadas por artistas españoles

SALÓN PARÉS

EXPOSICIÓN DE OBJETOS DE ARTE

A semejanza de otras ciudades del extranjero, cuenta Barcelona con un magnífico Salón de vastas dimensiones y perfectamente dispuesto, debido á la inteligente iniciativa del Sr. Parés,

señorita Josefina Texidor, distinguidos todos ellos por su belleza y brillantez de tonos, trasunto del natural.

Combinados con las obras de arte que enumeramos, figuraban magníficos tapices, historiados, con asuntos característicos de los reinados de Luis XIV y Luis XV, propios para servir de preciado adorno y complemento de decoración de suntuosos salones; notables reproducciones de obras de autores extranjeros,



BARCELONA. — SALÓN PARÉS. — Exposición de objetos de arte

en el que los artistas exponen sus obras, hallando medio seguro para darse á conocer y los aficionados ocasión en que poder adquirirlos, circunstancias que contribuyen poderosamente á las brillantes manifestaciones artísticas que tan alto han colocado y colocan el buen nombre de nuestra ciudad, contribuyendo á que se le asigne el concepto del primer centro artístico peninsular.

El Salón Parés asume, pues, el carácter de una exposición permanente, en la que se renuevan de continuo los lienzos y las esculturas, con la misma rapidez con que se producen y enajenan. En ella pueden admirarse las producciones de los artistas de indiscutible mérito y apreciarse los adelantos de aquellos que, impulsados por su entusiasmo, persiguen los lauros y recompensas alcanzados por los primeros.

Fundóse la Casa Parés en 1840, dedicándose durante algunos años solamente á la venta de grabados, litografías, fotografías, marcos y artículos para la pintura y el dibujo; pero en 1878 se ensanchó el local que fué el primer salón de exposiciones, figurando en éstas cuadros de Vayreda, Urgell, Masriera, E. Serra, Tusquets, Tapiró, Tamburini, Galofre, Gómez, Riquer, Fabrés, Rigalt, Pradilla, Caba, Planella y Rodríguez, Lorenzale, Martí y Alsina, en una palabra, de los más conocidos artistas españoles y de muchos extranjeros de gran reputación. En aquella época se organizaron también en él dos tómbolas á beneficio de los hijos del eminente y malogrado dibujante Tomás Padró y de la familia del notabilísimo pintor Simón Gómez.

En 1884 construyóse el gran salón actual, de 260 metros de superficie por 10 de altura, cubierto de cristales, construído expresamente para exposición de bellas artes, con un vestíbulo con grandes escaparates para la exposición y venta de objetos suntuarios, bronce, porcelanas, muebles de fantasía, etc., etc. Fué inaugurado este salón en el mes de enero del citado año por los Príncipes de Baviera, habiendo asistido á aquel acto las primeras autoridades, comisiones de la Universidad, de la Academia y del Ayuntamiento y gran número de reputados artistas.

En aquella primera exposición figuraron obras de artistas nacionales y extranjeros, entre los que recordamos á Armet, Agrasot, Atché, Baixeras, Benlliure, Casas, Cusachs, Caba, Casanovas, Estorach, Echeda, Fabrés, Galofre, Gessa, Gómez, Llimona, Llovera, Mas y Fondevila, Masriera, Marqués, Muñoz Degrain, Morera, Nobas, Rusiñol, Ribera, Reynés, Sans-Seiquer, Serra, Senet, Tamburini, Tapiró, Tusquets, Tasso, Villegas, Vayreda. El número de obras expuestas fué de 237.

En diciembre del mismo año se organizó la segunda exposición, y desde entonces se han venido celebrando anualmente las extraordinarias y semanalmente las ordinarias.

De ahí que el Salón Parés tenga una hermosa significación, puesto que en sus paramentos se ha operado la evolución artística y la manifestación gallarda y completa del progreso que en las artes ha realizado nuestra ciudad. Bajo este concepto, mucho se debe al iniciador entusiasta de tal forma de exhibición, cuya influencia es tan notoria, puesto que ha llegado á convertir en una necesidad del espíritu para los barceloneses la periódica visita al Salón, verdadero centro fomentador del buen gusto y de la cultura artística.

También se han celebrado en el Salón Parés multitud de tómbolas benéficas y se han organizado notables conciertos por renombrados artistas españoles y extranjeros.

Recientemente, y sin renunciar en lo más mínimo á su tradicional abolengo, organizó el Sr. Parés, con motivo de las festividades que conmemoran los comienzos del año, una exhibición importantísima, sin precedente, de objetos suntuarios y obras de arte, hábilmente combinados y dispuestos, causa de admiración y aplauso de los visitantes. En el centro de los paramentos destacábase el hermoso retrato de tamaño natural de la marquesa de Leyden, obra digna del mayor encomio, ejecutada por Carlos Pellicer, así como el retrato del primer marqués de Alella, y varios cuadros de flores, ejecutados á la acuarela por la



BARCELONA. — SALÓN PARÉS. — Exposición de objetos de arte

encuadradas en artísticos marcos de estilo moderno; una valiosa colección de bronce, hermosos jarrones, porcelanas, platos decorativos, vitrinas conteniendo mil objetos del mejor gusto y muebles de elegantísima forma y esmerada ejecución.

Los grabados que publicamos darán á conocer á nuestros lectores la importancia que revistió la exhibición, y la justicia y sinceridad de los plácemes que tributamos por tal motivo á su iniciador el Sr. Parés.

NUESTROS GRABADOS

El cántaro roto, cuadro de Antonio Urgell.—Curiosa en extremo es la personalidad de este distinguido pintor catalán, en la que se hallan confundidas armónicamente las cualidades del artista y los alientos del autor dramático. En uno y otro campo ha logrado singularizarse, y aunque le han dado notoriedad sus admirables paisajes, solitarios y preñados de melancolía, rebosa en su espíritu la nota de un sano humorismo, que se traduce en hermosos dibujos ó en simpáticas y agradables composiciones cual la que figura en estas páginas.

Paisaje, cuadro de José María Marqués.—Digno compañero del hermoso paisaje que reprodujimos ha poco en las páginas de esta revista es el que hoy damos también á conocer á nuestros lectores. En éste como en el otro manifiéstanse las aptitudes del distinguido cuanto laborioso artista señor Marqués para el cultivo de este género que exige circunstancias especialísimas. Estas las ha demostrado repetidas veces nuestro amigo, á quien le cabe la satisfacción de haber obtenido aplausos y que muchas de sus obras figuren como preciado adorno en los salones de suntuosas moradas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—SALÓN PARÉS. — Interesante es á todas luces la exposición de producciones artísticas que ocupan los paramentos del Salón Parés. Prosigue y continúa la manifestación de las producciones de nuestros artistas, y así los aficionados como el público en general tienen nueva ocasión para satisfacer una de las manifestaciones del espíritu que contribuyen á divulgar el buen gusto y la cultura.

Tres pintores ya conocidos y con merecimientos para que sus nombres tengan el privilegio de despertar el deseo de examinar sus obras, exhiben varias producciones dignas verdaderamente de encomio. El pintor-poeta Juan Brull ha presentado un crecido número de cuadros, que constituyen dos grupos motivados por la variedad del concepto que los informa, cuales son, las representaciones idealistas, soñadoras, producto de su fantasía, y una colección de cabezas de niña, dignas parejas y compañeras de las que le han asignado notoriedad, delicadas y sentidas, que revelan sentimiento y producen un encanto indefinible.

A su vez Juan Llaverías, exhibe una serie de acuarelas, vigorosas, repletas de luz y de tal intensidad y firmeza que todas y cada una de ellas sirven para atribuir á su autor un concepto tan lisonjero como merecido. Todas ó la mayor parte de ellas son producto ó resultado de su última excursión artística, y reproducen con notable fidelidad temas y asuntos de nuestra costa y pormenores del puerto de Barcelona.

Cuanto á Alejandro Riquer, sólo consignaremos que próximamente nos ocuparemos de los interesantes ex-libris, que ocupan uno de los lienzos del Salón.

Teatros.—*París.* — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro del Vaudeville *Frere Jacques*, comedia en cuatro actos de Enrique Bernstein y Pedro Veber.

Barcelona. — En el teatro de Las Artes el «Teatre Intim» ha representado con gran éxito la bellísima comedia en cuatro actos de Shakespeare *La festa dels Reis ó lo que volgueu*, traducida por C. Capdevila, y *Misteri de dolor*, interesante drama en tres actos de A. Gual: ambas obras han sido puestas en escena con

gran inteligencia y exquisito ermero, habiéndose estrenado para la primera una decoración de los Sres. Brunet y Pons y para la segunda otra de los Sres. Moragas y Alarma.

Necrología.— Han fallecido:

Roberto Etheridge, paleontólogo inglés, director de la sección de fósiles del British Museum, profesor de la Escuela Real de Minas.

Arturo Olivieri di San Giacomo, novelista italiano.

Jorge Sissing, novelista inglés, á quien se había dado el nombre de Zolá inglés.

Sofía Perejasslawzewa, doctora rusa, eminente zoóloga, directora de la estación zoológica de Sebastopol.

Teodoro Souchay, poeta lírico alemán.

Dr. Wassili Afanassjew, ilustre médico ruso, profesor de Anatomía patológica de la Academia Médica Militar de San Petersburgo.

Federico A. Coudett, eminente juriconsulto norteamericano, una de las primeras autoridades en materia de derecho internacional.

Dr. Federico Jolly, célebre psiquiatra, profesor de la Clínica de Psiquiatría y enfermedades nerviosas de Berlín, decano de la facultad de Medicina de la Universidad Federico Guillermo.

Félix Kanitz, notable etnógrafo y arqueólogo alemán, autor de varias importantes obras sobre los pueblos balcánicos.

Dmitri Andrejewitch Koropschewski, antropólogo y etnógrafo ruso, autor de muchas obras sobre leyendas, cuentos y fábulas de pueblos salvajes, sobre los polinesios, etc.

Hipólito Marinoni, editor del popular periódico parisiense *Petit Journal*, perfeccionador de las máquinas de imprimir é inventor de la de su nombre.

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Sí, me encontró en el momento en que yo salía con miss (la última de las *miss* variadas que se habían sucedido en casa de los Allire era una simpática solterona de unos treinta y cinco años), y dijo: «Hace

Y seguían unas minuciosas explicaciones, que, naturalmente, nadie creía, sobre sus respectivas edades. Colette, que había ido á ver á su madrastra con una intención particular, siguió hablando:

—Que sí, naturalmente. La cosa no tiene importancia y el domingo no te necesito.

Colette, que sabía muy bien que su madrastra no la necesitaba nunca, y que en otros momentos hubiera suspirado ante esa afirmación, se fué encantada y escribió una amable y afectuosa carta á «mamá Valentina,» como seguía llamando en sus recuerdos á la de Donald, aunque aquella mañana la hubiese llamado respetuosamente «señora.»

Desde el primer encuentro con Remigio, los dos jóvenes no habían logrado volverse á ver. Colette había obtenido diplomáticamente de su madrastra, un día en que pasaban cerca del parque Monceau, que hicieran una visita á la avenida de Villiers, á casa de los Donald; pero no los habían encontrado.

Quince días después, Valentina y Remigio devolvieron correctamente la visita, con el mismo resultado negativo.

Estas vanas tentativas habían producido en el joven una recrudescencia de mal humor y una agravación de malas notas en el liceo... «Discípulo inteligente, pero sin aplicación alguna al trabajo.»

El doctor Donald se mostraba muy afectado por ello.

—No veo qué porvenir va á ser el de este muchacho, decía á su mujer.

Pero Valentina tenía más confianza, y esperaba que una vez franqueado el escollo del inútil bachillerato, Remigio manifestaría un gusto sincero por alguna carrera y la voluntad decidida de seguirla.

Esperaba de aquella naturaleza un poco quebrantada alguna orientación benéfica, después de que terminasen las inquietas indecisiones del período de transición.

Y era que aquel niño inspiraba á Valentina una doble ternura. Con los años se había cerrado la herida de su corazón. Su hijo perdido no le inspiraba ya más que el recuerdo triste y dulce de un pajarillo abrigado un día bajo su ala maternal y volado después hacia el horizonte puro y claro de que había venido en una mañana de primavera. Y se había acostumbrado á referir al otro todos sus sueños y toda su solicitud. Estaba orgullosa de aquel mocetón, cada día más robusto y que manifestaba un espíritu curioso, aunque un poco negligente; y temiendo precisamente aquella negligencia que podía serle fatal, la combatía con toda su voluntad y por todos los medios.

Había adivinado que una de las causas de la actual crisis de pereza y de indiferencia de Remigio provenía de aquella nostalgia sentimental respecto de su amiga de la infancia, á quien había vuelto á encontrar en un medio ambiente que había excitado su imaginación. Y no creía imprudente que aquella ligera exaltación se pusiese en contacto con la realidad. Por eso había manifestado empeño en que Colette fuese á verlos, en la intimidad sencilla y afectuosa de otro tiempo, un domingo por la tarde.

Los domingos recibían los Donald después de la comida, á la que ese día convidaban á sus verdaderos amigos, nunca más de ocho ó diez. Sus recepciones tenían el carácter de la más amplia hospitalidad al mismo tiempo que de la mayor sencillez. Las cuatro piezas principales de que se componía la casa, excepto el gabinete de consulta, se abrían en hilera, alegremente alumbradas. Además se instalaba un ambigü muy sencillo, pero abundantemente provisto, en el que el fácil acceso hacia inútiles las complicaciones y el ceremonial del servicio doméstico. El piano, siempre dispuesto, solicitaba á los artistas músicos, pero nunca había programa fijado de antemano. Algunas noches había cincuenta ó sesenta personas y otras no se formaba más que un pequeño círculo de doce ó catorce agrupadas en el foco principal, centro ó irradiación de toda la casa: el despacho. No eran aquellas las discusiones menos animadas. El doctor adoraba la discusión, la paradoja, el duelo rápido y brillante en que se cruzan y se chocan las ideas contrarias.

Con frecuencia le decían:

—Usted había nacido para orador. ¡Qué excelente tribuno hubiera usted hecho!

Donald sonreía. En otro tiempo había estado ten-



—¡Dios mío!.. ¡Qué mala cara tengo! (pág. 69)

una hermosa mañana; ya me esperarán los negocios una hora. Voy á llevarla yo á paseo.» Y añadió, dijo Colette con una linda risa: «Cuando se tiene una guapa chica como tú, hay que enseñarla.»

Colette se ruborizó, visiblemente dichosa por el orgullo que inspiraba á su padre.

La de Allire dijo en tono gruñón:

—Muy mal hecho, muy mal hecho, decir esas cosas á las niñas. Es una costumbre tonta.

Colette se mordió los labios y sintió haber cedido á aquel natural movimiento de expansión. La joven había echado de ver que, justamente, su madrastra empezaba á encontrar molesto que ella se hiciese una muchachona, porque iba sucediendo una cosa que la de Allire no había previsto en los primeros tiempos de su matrimonio, y era que muchas personas empezaban á olvidar el vago recuerdo de la primitiva señora de Allire, y tenían la inoportunidad de creer á Ivona madre de Colette.

En algunos era ese un error de buena fe, motivado por la edad dudosa de Ivona en plena luz; pero en otros era malicia premeditada.

—¡Cómo, querida! ¿Es de usted esta mujerona? ¡Dios mío! ¡Cómo nos hacen viejos los hijos! ¿Verdad?... ¡Y es muy linda!

Y después de un corto examen, daban hábilmente un arañazo:

—Pero no se parece á usted en nada...

Entonces Ivona, pálida de rabia, decía en tono de protesta:

—No es mi hija; es hija de mi marido.

—Hemos encontrado mucha gente en el Bosque: las de Sevreuse, los de Avard, la de Solly, á caballo...

—Y á los Brissac, ¿los habéis visto?, preguntó Ivona, cediendo á pesar suyo al interés que le inspiraban todos aquellos comparsas de su vida ficticia.

—No... A los que hemos encontrado ha sido á los Donald...

—¡Donald!.. ¿Quién es Donald?... ¡Ah, sí! El médico...

—Y su mujer. Se han mostrado muy amables. Hemos estado hablando mucho tiempo y la señora de Donald me ha pedido que fuese á comer con ellos el domingo. Papá no tiene inconveniente y vengo á preguntarte si tú también quieres... Di, mamá, ¿puedo ir?..

—¿A casa de los Donald?... ¿Una comida? ¡Qué chusca idea! ¿Hay acaso reunión después? Me parece singular esa invitación á ti sola...

—¡Oh! No, no hay reunión..., que yo sepa, al menos. No se ha hablado de eso... ¿Puedo aceptar? Tengo que escribirles dos letras...

En este momento se presentó una doncella.

—Señora, traen el peinador que la señora ha encargado...

—¡Ah! Está bien... Que entren.

Ivona se levantó, echándose una mirada poco satisfecha en el espejo, y dijo á Colette:

—Anda, veve, vete; ya ves que estoy ocupada... Es horriblemente tarde... ¿Va á venir tu padre á almorzar?

—Creo que sí... Pero, dime, ¿qué respondo?

tado, en efecto, por la vida militante y la lucha oratoria; pero pronto su existencia se había orientado hacia un objeto más obscuro acaso, pero seguramente más útil, que ahora veía al terminar la obra á que consagraba su trabajo.

Aquellas horas eran siempre beneficiosas y agradables. Y muchos que, fuera de allí, se agitaban en la fiebre diaria de la acción, parecían olvidar, en la atmósfera de alta inteligencia de casa de Donald, el antagonismo de las pasiones rivales y el rencor de las agudas polémicas, para aprender allí á conocerse mejor y á apreciarse los unos á los otros.

Aunque Juan Donald era muy escrupuloso en la elección de sus verdaderos amigos, tenía el eclecticismo de los camaradas. La flexibilidad de su entendimiento hacía que le inspirasen el gusto de la curiosidad los jóvenes espíritus todavía no formados é inclinados por sus tendencias naturales, bien á las violencias revolucionarias, ó bien á los refinamientos de un decadentismo más ó menos ingenuo. Juan los escuchaba á todos sin burlarse y se tomaba el trabajo de responderles seriamente; y le ocurría así el convertir en discípulos á sus adversarios.

En fin, para dar á aquellas reuniones el encanto de la armonía, estaba Valentina, siempre amable y discreta y cuya belleza, en otro tiempo un poco dura, se había refinado con un sello deliciosamente femenino de bondad y de delicadeza.

A pesar de esa belleza y á pesar de su dicha, Valentina no tenía enemigas. La de Donald, apartada por sistema de las que pretendían penetrar el secreto de su felicidad, que no era otro que el amor, se había creado seguras amistades de inteligencia, pero nunca había admitido intimidades del corazón con nadie más que con Juan. El espectáculo, pues, de tal unión no podía despertar ninguna baja envidia y sólo provocaba cierta admiración melancólica á los que llevaban una vida incompleta y desordenada.

En aquella primavera, los domingos de los Donald estaban muy concurridos y muy animados.

Acababa de publicarse la obra de Juan Donald, titulada *De la vitalidad física y psíquica de las razas*, y había causado una verdadera revolución en los centros científicos y socialistas, para llegar poco á poco á los cenáculos, donde levantaba apasionadas discusiones.

Aunque la obra hubiese estado concebida y desarrollada lenta y cuidadosamente y con todo el esfuerzo de una convicción absoluta, el doctor estaba un poco sorprendido por aquella marcha rápida hacia la notoriedad universal. Había siempre deseado ardientemente llevar su palabra sincera, y que él juzgaba útil, al corazón mismo de las multitudes, pero jamás había soñado con la gloria.

No podía, sin embargo, impedir que la gloria rondase á su alrededor y subiese como una ola á buscarle hasta en su querido retiro.

Valentina participaba de su sorpresa, pero con más orgullo que él. Para vulgarizar entre la masa popular la obra ya propagada al exterior por traducciones en diversas lenguas, algunos jóvenes, fervientes amigos de Donald, querían hacerla objeto de una serie de conferencias y de lecturas en algún gran local de uno de los barrios de obreros. La organización de esas reuniones, la adopción de un plan general y la elección de textos necesitaban una seria preparación previa. Y aquel era un nuevo elemento de vida y de hermosa fiebre de trabajo en las veladas del domingo.

Remigio podía llevar á esas veladas á sus camaradas, algunos de los cuales no volvían, pero otros se hacían asiduos concurrentes y tomaban un creciente interés en aquella fermentación de ideas amplias y generosas.

Cuando la conversación se hacía un poco vidriosa por tocar demasiado de cerca á la realidad de la vida, Valentina se llevaba á los jóvenes á disfrutar otras delicadas distracciones de arte, como la música y las colecciones de grabados. Y si los muchachos llevaban á sus hermanas, se bailaba algunas veces.

A aquel medio se encontró transplantada Colette. Las primeras horas de reunión fueron muy dulces y apacibles, «enteramente como en otro tiempo», como ella dijo entusiasmada.

La comida fué íntima y alegre. Juan Donald disimulaba su penetrante espíritu de observación dando á su conversación un sesgo particular, de una malicia infinitamente amable. Colette y Remigio se sentían completamente felices. Pero cuando, entrada la noche, los salones empezaron á llenarse de un rumor de conversaciones y éstas tocaban ó profundizaban mil asuntos de un interés palpitante, y cuando Colette vió que cualquiera de esos asuntos, la última comedia, el traje de una mujer, el arreglo de unas flores, suscitaba observaciones generales sobre las costumbres, discusiones artísticas ó citas de exquisitas poesías, se quedó muy sorprendida al comparar

la forma de aquellas conversaciones con las que oía diariamente sobre asuntos análogos. Le parecía que estaban hablando alrededor de ella una lengua extranjera de la que saboreaba la armonía sin percibir su sentido exacto.

Aunque Remigio era habitualmente silencioso, aquella noche, animado por la presencia de Colette, intervino dos ó tres veces en la conversación con amable y justa sencillez.

La joven, entonces, experimentó un singular malestar.

Se sentía como abandonada y sola en un país desconocido al que nadie se tomaba el trabajo de aclimatarla.

Y aquella opresión continuó, aun en el momento en que su compañero de la niñez fué á dedicarse por completo á ella y Colette pudo ejercer sobre él y sus amigos su habitual encanto de fascinación.

Con su traje gris pálido, la joven se parecía mucho á un pájaro asustado.

Hubo alguien que, cuando oyó pronunciar su nombre, dijo muy bajo:

—¡Allire!.. Sí, un insaciable... En las últimas jugadas de Bolsa ha realizado beneficios fabulosos...

Valentina se acercó á Colette, sonriendo y sin decir nada, y la joven respondió con una franca y clara sonrisa, como quien recibe una protección y un auxilio.

Mientras la señora de Donald le tenía cogida una mano y se la acariciaba dulcemente, como cuando era pequeña, le pareció á Colette que empezaba á comprender mejor lo que se decía alrededor de ella.

Muchas cosas, sin embargo, seguían siendo oscuras, especialmente todo lo que se refería al libro de Donald y á las próximas conferencias. Oía repetir las palabras: obrero, trabajo, fábrica, proletariado y discutir la elección de barrios populosos; Belleville, Ménilmontant, Montrouge, y el espíritu de sus habitantes. Eran aquellos unos confines de la población, especies de zonas peligrosas que se atravesaban en el tren á todo vapor al salir de París ó al volver á él. Pero ir á ellos de paseo, como parecían querer hacerlo los presentes, para dar una especie de representación popular dedicada al verdadero pueblo, el que huele mal y tiene los ojos feroces, era un pensamiento horrible para Colette, acostumbrada á oír tratar á ese pueblo de mala semilla y de brutos perversos que quieren matar á todo el mundo.

¿Iban á hacer lecturas para aquella gente?

La joven preguntó tímidamente á Remigio:

—¿No tendrán miedo de ir á esos sitios?

—¿A cuáles?, respondió Remigio asombrado.

Colette se explicó, un poco confusa, y designó á los jóvenes que estaban hablando. Y Remigio, por muy deferente adoración que profesase á Colette, no pudo menos de echarse á reír.

—¿Miedo? ¡Qué chistosa idea! ¿Por qué? Iremos todos; mamá, mi padre, yo..., usted...

—¡Oh! No, exclamó la pobre Colette espantada.

Valentina lo había oído y comprendido todo y su corazón se oprimió. La vida que hacía Colette había levantado á su alrededor las barreras que engendra el odio entre dos partidos que ignoran sus mutuas debilidades.

¡Tan pueril, tan frágil, especie de muñeca lujosa y exquisita, defendida por los cristales de su berlina al pasar por las calles, como una joya en escaparate, y tan inofensiva, sin embargo!.. ¡Pobre niña! De un corazón puro y generoso, había ya sido objeto, seguramente, de miradas de codicia y de odio terrible por todo aquel lujo que no le daba la felicidad... Y sin saber de qué ni por qué, tenía miedo.

Un intento de explicación en cinco minutos no hubiera bastado para cambiar su modo de ver las cosas. Por el momento, no había nada que decir.

* * *

Cuando por la mañana, en la mesa, Colette trató de contar cómo había pasado la velada, se vió en un verdadero apuro.

—Se ha hablado mucho, dijo, del libro del doctor Donald.

—¡Naturalmente! Esas casas son siempre unas sociedades de admiración mutua, dijo la de Allire en tono burlón.

Colette, algo picada, no respondió.

Allire dijo:

—La verdad es que no sé cómo se arreglan esos Donald para conservarse así. La tal Valentina es asombrosa, palabra de honor. Cuando la encontré en el bosque la otra mañana, en pleno sol, se hubiera dicho que tenía veinte años. Estaba lo mismo que el día en que entró en casa como institutriz de Colette.

—¡Vamos, amigo mío!.. ¡Veinte años!.. ¿Por qué no quince? Siempre tienes la manía de exagerar.

Allire miró á su mujer y no insistió. Era un hombre bien educado y acababa de observar, no por primera vez, los desperfectos y los artificios que se distribuían en leal rivalidad la cara de Ivona. El almuerzo acabó en silencio; pero al levantarse de la mesa, la de Allire llamó aparte á su marido.

—No sé si á ti te conviene reanudar la amistad con los Donald; pero te advierto que á mí no me hace gracia ninguna y encontraría peligroso y fuera de lugar que vieran mucho á Colette en esa casa. Es una sociedad extravagante y no creo que convenga crear entre ella y ese joven Remigio relaciones que pudieran dañar al porvenir de nuestra hija.

Allire se echó á reír.

—¡Bah! Querida, ¿qué te sucede? ¡Qué absurdo! El porvenir de Colette... Puedes estar tranquila... Yo me encargo de eso.

Y su tono se hizo casi solemne. Hacía mucho tiempo que el banquero soñaba con prepararse, á fuerza de millones, la entrada en un mundo que no estaba para él más que entreabierto, por la alianza de su hija con algún título auténtico.

Unos días después, la de Allire, que había comprado y cortado ostensiblemente las hojas del libro de Donald, exclamó con desprecio delante de Colette:

—¡Qué farrago, el tal librote!.. ¡Y qué pesado!.. ¡Y qué pedante!..

Colette le hojeó en un día de soledad y tuvo que confesarse que no comprendía gran cosa de él.

La joven se quedó perpleja, ante el recuerdo que conservaba de la velada del domingo en casa de los Donald.

Para distraerse, pensó en el porvenir... El porvenir era para ella, en fecha más ó menos próxima, el matrimonio con alguno muy rico y muy «chic», como decía siempre su madrastra, puesto que también Colette era muy «chic» y muy rica. La joven deseaba vivamente amar á aquel «alguno» que tomaba á veces, como imagen fugitiva, la cara de su pequeño adorador del baile de la Epifanía.

Una vez casada, las cosas marcharían lo mismo: una linda casa, espléndidos trajes, preciosos coches y después comidas y bailes, y bailes y comidas... Colette se sentía anticipadamente cansada de todo eso. Acaso tendría también algún bonito niño... La joven recordaba al pobre Juanito, tan pequeño y tan gracioso... Era casi el único niño que había visto sano y bueno, y el solo de que se había ocupado.

Porque á su alrededor no había niños visibles. Las amigas de su madrastra que los tenían, contaban interminables historias de nodrizas y de canastillas, y después, surgía de vez en cuando de una cuna de encajes ó de un coche atestado de pieles algún pequeño paquete de seda y de tul, con una carita minúscula casi nunca linda, y siempre con un color de cera, ojos tristes y labios pálidos... Y en seguida: «Ande usted, ama, lléveselo usted...»

Colette, que tenía un tierno corazón, se proponía de antemano no hacer lo mismo con el niño que pudiera tener.

¡Pero faltaba todavía tanto tiempo para tan dulce ocupación! Y todo lo que Colette veía hasta entonces, le parecía horriblemente aburrido.

III

EN CAMINOS DIFERENTES

La avenida de los Campos Elíseos, con su triple vía dorada de sol y sus dobles calles de árboles frescos y relucientes bajo su cubierta de botones nuevos, como los árboles de una caja de juguetes, desarrollaba ante Remigio la curva armoniosa de su cuesta hasta el horizonte, que formaba el Bosque, como si fuera una ancha puerta abierta hacia las vivificantes bellezas de la naturaleza.

El joven respiraba fuerte y deliciosamente el aire tibio y ligero y se sentía lleno de vida, con ese divino impulso del corazón que, al llegar á los veinte años, se lanza hacia lo desconocido, transportado por mil deseos y mil esperanzas.

¿Es, acaso, posible expresar esos triunfos inmateriales de la imaginación, que, en la magia de su poder, posee realmente todo lo que sueña?

Al seguir rápidamente el magnífico camino del Bosque, Remigio creía marchar por la senda de la gloria.

Sí, de la gloria... Porque de todas sus vagas y mal sanas nostalgias de la infancia y de la juventud, se había por fin desprendido una sola: la ambición. Remigio quería obtener lo que ignoraba la noble y nutrida inteligencia de su padre, es decir, la fiebre de una dominación aunque fuese solamente moral. Había sido necesaria aquella palanca para vencer la resistencia de su natural pereza. Su temperamento no

hubiera sabido practicar las obras de larga paciencia ni contentarse con el mérito obscuro. Necesitaba en seguida el brillo, aunque sólo fuese superficial. ¡Qué lejano consideraba Remigio, y qué extraño á sí mismo, al adolescente de hacía cuatro años!

Recordaba sus primeras intenciones de arte, á los diez y seis años, porque era el arte lo que le atraía, mucho más que los estudios á que su padre hubiera querido verle dedicado.

Y el joven pensaba con enternecido agradecimiento en la ayuda que le había prestado entonces su madrastra.

Valentina había comprendido que aquella inteligencia viva, flexible, exaltada y rica en variados recursos, no podría plegarse á una carrera que no halagase á su imaginación.

Remigio no sabía las largas conversaciones que Valentina había tenido sobre ese asunto con Donald.

Juan decía siempre:

—¡Un artista! El muchacho escribe, pinta y compone música, pero todo eso no prueba hasta ahora más que gusto. ¿Querrás hacer de él una medianía, cuando hemos empleado todo nuestro amor y todo nuestro cuidado en procurar que sea un hombre?

Valentina replicaba:

—No será medianía en lo que él elija; pero es preciso que le guste lo que deba hacer. Es incapaz de fijarse en una tarea que no le inspire pasión... Además, todavía es muy joven; déjale probar.

—Ahí tienes una palabra peligrosa. Probar es el punto de partida de todos los talentos fracasados.

—Y de todos los genios, respondía Valentina.

Y al ver una sonrisa en su marido, añadía, sonriendo también:

—Puedes estar tranquilo; no estoy ciega ni loca. No hace falta que creamos á Remigio un genio para que le permitamos elegir su camino.

Juan Donald suspiraba, porque había soñado cosa muy diferente. Sin embargo, la conciencia escrupulosa de sus propias teorías le hacía reconocer la justicia de lo que decía Valentina. Pero temía sobre todo que su amor paternal le impidiese ver claramente las dotes naturales de Remigio. Además, sabía que su hijo era heredero de la encantadora, pero débil naturaleza de su madre. ¡Ah! Si hubiera sido hijo de Valentina, de aquella compañera de una inteligencia tan firme y de un alma tan sólida, hubiera tenido Juan más confianza.

Su suspiro tenía además otra causa. Hacía mucho tiempo que no miraba ya al retrato sonriente y dolorido colgado en la pared, sin un extraño sentimiento. Juan estaba asombrado por su antiguo amor á aquella frágil y pequeña criatura y le extrañaba sobre todo que aquel amor hubiese sido tan fuerte. Conservaba, ciertamente, para ella un sentimiento de tierna piedad; pero hacía mucho tiempo que la ausente había desaparecido por completo y que estaba desterrada de su corazón, conquistado definitivamente por Valentina.

En medio de sus tareas y trabajos de médico ya célebre, Donald se quedaba pensativo ante la misteriosa obra de sugestión que Valentina realizaba en su hijo á fuerza de tenaz voluntad. Estaba como

«volviendo á crear» aquella naturaleza física y moral, insuflándole su alma enérgica y sonriente, como en otro tiempo le había insuflado con sublime sencillez la vida de su respiración y de su boca. No contenta con haber obtenido para Remigio una entera libertad

y se puso á trabajar solo, bajo la dirección intermitente de algunos artistas amigos de su padre. Pero la pintura no le ocupaba todo su tiempo y Remigio escribía. Profundas lecturas le habían preparado á purgar su estilo de lo que Flaubert llamaba «la inmundicia de la lengua francesa.»

Remigio tenía una forma clara, precisa y un poco brutal, al servicio de una imaginación acaso demasiado brillante.

Después del primer volumen, que no fué el de «los primeros versos» (pues éstos los conservó preciosamente Valentina y le aconsejó que no los publicara), sino un tomito con dos novelas de una estructura diestra y atrevida, Remigio emprendió una obra para el teatro. Mientras trabajaba en ella y discutía con Valentina su tesis, sus personajes y sus peripecias, el joven experimentaba ya las sensaciones de la noche del ensayo general, su fiebre, su dicha, sus angustias, y veía con gran riqueza de detalles las decoraciones y los menores efectos de escena y de trajes. Su imaginación estaba haciendo de él un notable director de escena.

Valentina se asustaba algunas veces por aquella explosión de dotes naturales, que parecían germinar demasiado bruscamente. Pero la salud de Remigio se consolidaba de día en día, equilibrada por la acción de sus fuerzas nerviosas, bien repartidas entre el trabajo y el ejercicio al aire libre.

Y después de pasar dos años todavía, hete aquí que, en aquel día de primavera, Remigio saboreaba alegre y legítimamente el gozo de sus sueños, puesto que el día anterior había tocado la dicha bajo la forma de dos realidades: la admisión de su comedia en uno de los mejores teatros y la obtención de una medalla en la Exposición anual de pinturas.

No sabía lo que le reservaba el porvenir, pero sí que durante toda su vida, por larga que fuera, recordaría la entrada en su casa el día en que París le había otorgado aquellas dos recompensas, y el minuto en que, después de haber dicho á voces aquellas dos noticias á Valentina, cayó á sus pies, como un niño, murmurando con infinito y tierno agradecimiento:

—¡Oh! Mamá..., mamá...

Valentina, entonces, se había echado á llorar. ¡Aquel era, en efecto, su hijo! Había querido que fuese dichoso y que su padre estuviese orgulloso de él... Aquella era la victoria de todo el esfuerzo de su amor.

Aquella mañana había tenido Remigio una conversación con su padre. Donald deseaba que su hijo descansase completamente una temporada, pero á fin de que ese descanso fuese rico y fecundo en sensaciones y recuerdos para sus obras futuras, le aconsejaba que viajase, y que viajase solo, de modo que se formase por completo su personalidad. Con la candidez ingratitud de la edad juvenil y á pesar del profundo cariño que profesaba á los suyos, Remigio se alegró extraordinariamente al hallar aquella ocasión de conquistar su libertad.

(Continuará)



Mientras la señora de Donald le tenía cogida una mano y se la acariciaba dulcemente

en la elección de sus estudios preferidos, ponía en sus trabajos el mismo interés y la misma pasión que él. Era su camarada entusiasta, más aún que una directora maternal.

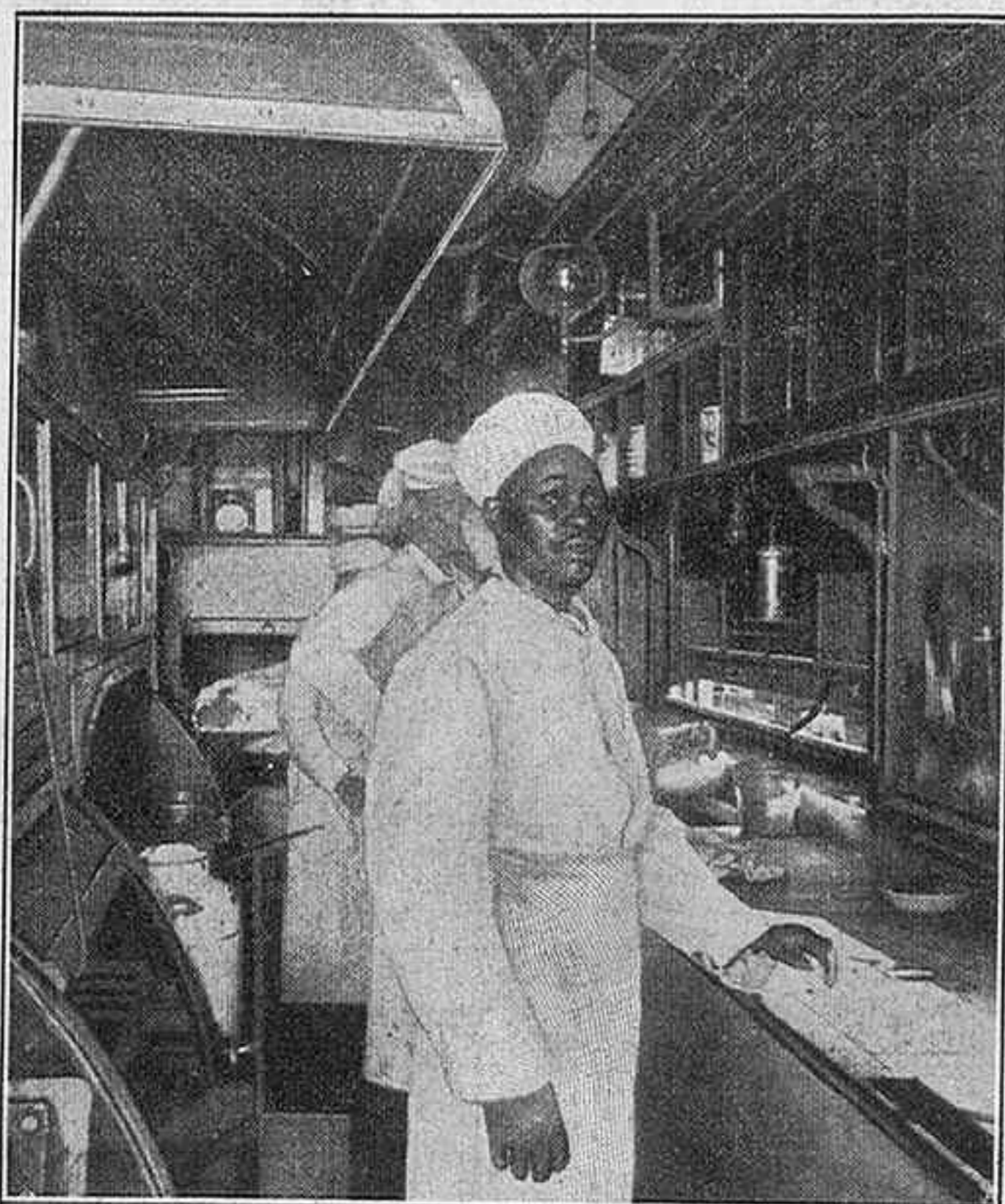
Remigio no encontraba en otra parte parecidos estímulos. Acostumbrado á una atmósfera de arte y de comprensión superior, no dejó que ejerciesen influencia sobre él las preocupaciones más ó menos exageradas y extravagantes que le esperaban en el estudio del pintor G..., donde entró en cuanto su padre le dió permiso. Trabajó allí asiduamente, pero sin gran empeño, pues Valentina le puso al mismo tiempo bajo el patronato del gran paisajista H..., uno de los más íntimos amigos de Donald; y aquel artista, con la benevolencia y la bondad que le caracterizaban, tomó un gran cariño al principiante. H... se lo llevaba al campo para enseñarle á «ver,» y aquellas lecciones no tenían precio para el joven, pues en ellas se desarrollaba todo su ser, su cuerpo y su alma. Un día, el paisajista dijo á Donald:

—¿Sabes, Juan? Ese chiquillo es de buena madera.

Dos años después, Remigio expuso dos lienzos: un estudio al aire libre y un perfil de mujer. Y aquella fué su primera etapa. Después dejó el estudio de G...

EN LOS FERROCARRILES NORTEAMERICANOS

Si un hombre hay digno de ser perpetuado en bronce ó en mármoles por sus servicios prestados á la humanidad, este hombre es Jorge Pullman, el inventor de los coches-camas. ¡Qué serían los viajes en Norte América sin estos vagones, sin los Pullman! Dados los inmensos trayectos que allí recorren los ferrocarriles, un viaje, por ejemplo, de Nueva York á San Francisco, constituiría un verdadero tormento. Y



Cocina del Ferrocarril del Sur del Pacífico

no han parado en los Pullman las comodidades para los viajeros, sino que además encontramos en los trenes americanos vagones-restaurants, *buffet-cars*, *reclining chair cars*, vagones-salones, vagones-observatorios, etc. Las empresas europeas van siguiendo, aunque muy lentamente, el ejemplo de los yanquis, y ya tenemos coches-camas y vagones-restaurants, siendo de esperar que poco á poco irán introduciendo las demás mejoras que hacen que en los Estados Unidos sea un placer el viajar, cuando aquí es todavía una molestia, aun en los trenes de lujo y en los grandes expresos.

Lo que en primer término contribuye á que se hagan tan cómodamente y con tan poca fatiga los largos viajes por América, es la disposición de los vagones: los viajeros no están instalados en un compartimiento reducido, sino en coches grandes, con pasillo en el centro y dobles asientos á cada lado, que se comunican unos con otros, pudiendo gracias á esto los pasajeros recorrer todo el tren y estirar, como vulgarmente se dice, las piernas. El que viaja en Pullman, para lo cual se paga naturalmente un suplemento,

El que sólo quiere pasar bien la noche, sin pagar los dos dólares que cuesta una cama, tiene á su disposición los vagones dotados de *reclining chairs*, que pueden utilizar todos los viajeros. Estos asientos son algo parecidos á los sillones de los dentistas: son giratorios, pueden inclinarse hacia atrás y están provistos de una banqueta para los pies. Con esto y con una almohada que se alquila por 25 centavos, se duerme admirablemente.

Hay trenes que llevan vagones-salones con comodísimas butacas, unas fijas y giratorias y otras sueltas que pueden trasladarse de un lado á otro del vagón. Todos los coches tienen dos lavabos con toallas, jabón, cepillos, etc., y un depósito de agua helada.

En ninguno de estos vagones se puede fumar; para los fumadores hay coches especiales, cómodamente dispuestos, generalmente con sillones de mimbres, en los cuales se encuentra también á

menudo el *buffet* abundantemente surtido con los comestibles y bebidas más apetecibles y que está abierto de día y de noche.

El que viajando ha de atravesar alguno de los Estados en donde rigen las leyes llamadas de templanza, por ejemplo, el de Kansas, y desea beber algo más fuerte que te ó café, ha de hacer su provisión de vino ó de cerveza antes de entrar en el territorio del mismo. El negro encargado del *buffet* ya se cuida oportunamente de advertirlo y además se encarga de guardar las bebidas que los pasajeros han comprado; porque en tales Estados puede cualquiera beber lo que tenga por conveniente, lo que no se puede vender bebidas alcohólicas, excepción hecha de los boticarios, y aun éstos sólo mediante receta del médico.

En todos los trenes hay vagones-restaurants perfectamente servidos, cuyas listas de manjares contienen lo que puede desear el más exigente. Por lo general, la comida del mediodía se sirve á cubiertos y la de la noche á la carta; el desayuno cuesta lo mismo que la comida, es decir, un dólar, tanto si se toma simplemente una taza de café ó te y pan con manteca, como si se hace un almuerzo formal compuesto de ostras, biftec y un plato dulce. El que no quiere desayunarse con todo esto, se hace servir en el vagón una taza de café ó te con su panecillo y se ahorra medio dólar.

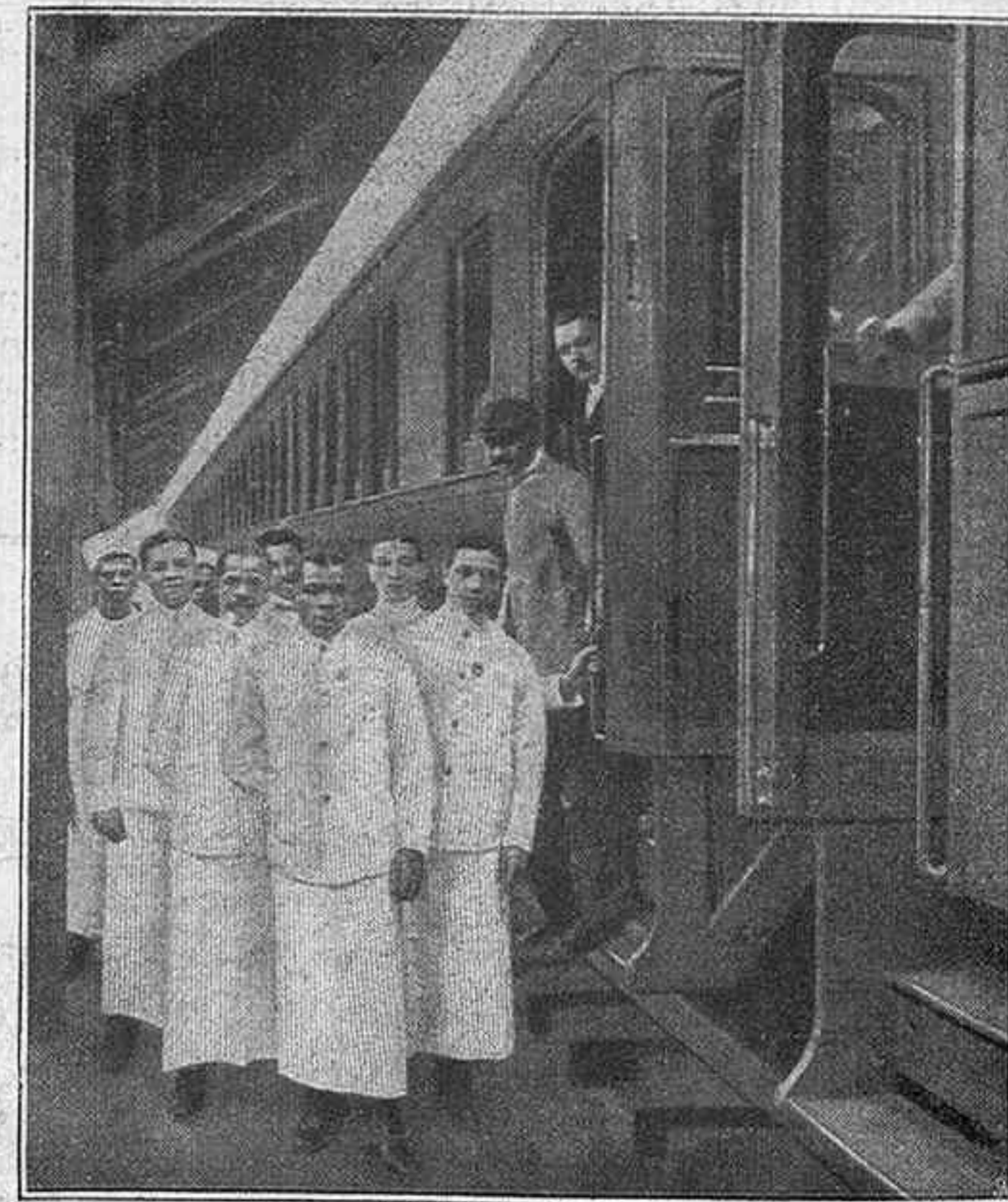
tren..., por supuesto, si antes le ha dado una propina.

Así como en los trenes no falta comodidad alguna, las estaciones de los ferrocarriles norteamericanos no



Vagón para fumadores en un tren norteamericano

sólo no están á la altura de aquéllos, sino que distan mucho de poder compararse, por regla general, con las de Europa. Únicamente en las grandes capitales son como las nuestras; las estaciones pequeñas consisten simplemente en unas chozas de tablas en donde el viajero no encuentra apenas otra cosa que un panecillo duro como una piedra y una taza de café,



Cocineros y camareros del vagón-restaurant de un tren norteamericano

lo cual demuestra que los muchos viajeros que no utilizan los trenes de lujo son más sobrios que nosotros, pues, de lo contrario, la administración de los ferrocarriles habría tenido buen cuidado de dotar á aquellas estaciones de buenos restaurants ó de bien provistos bars.—R.

**

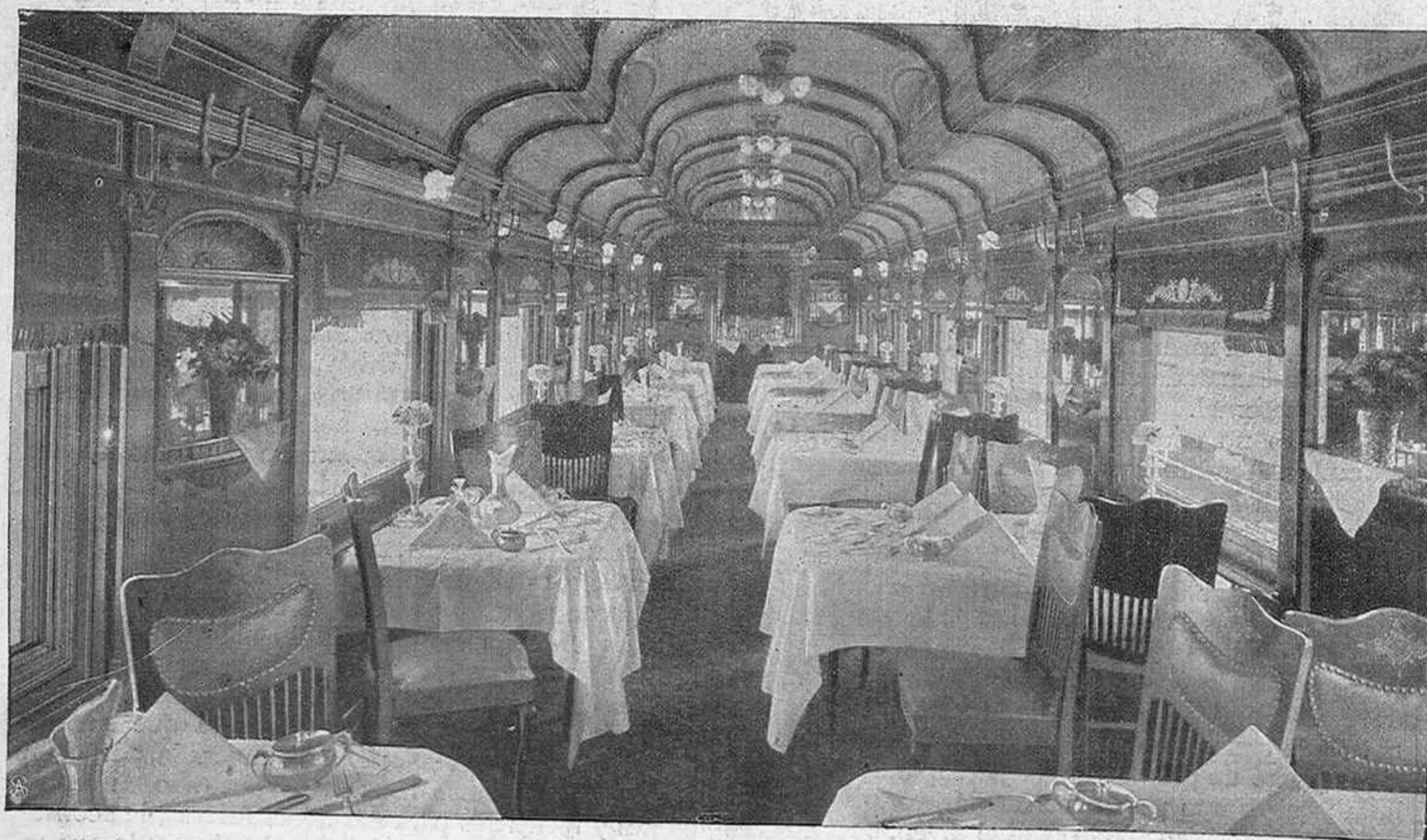
LAS AGENCIAS DE DIRECCIONES

EN ALEMANIA

Existe en Alemania una institución floreciente y fuera de allí poco conocida, cuya organización ha sido objeto de una memoria recientemente escrita por el cónsul de Francia en Danzig.

Las «agencias de direcciones,» que no deben confundirse con las agencias de informaciones, merecen bajo todos conceptos llamar la atención de los comerciantes, á quienes pueden prestar grandes servicios, puesto que les proporcionan un medio muy práctico de hacer ofertas directamente, creándose de esta manera con pocos gastos y sin intermediarios una clientela.

La más antigua é importante de estas agencias fué



Interior de un vagón-restaurant en un tren norteamericano

dispone de dos asientos, lo que le permite instalarse con toda comodidad y llevar consigo muchos bultos; por la noche, dispone de una buena cama, en la que se duerme perfectamente.

Los criados, así del vagón-restaurant como de los demás vagones, son casi todos negros, muy atentos y serviciales y siempre con el cepillo en la mano dispuestos á quitarle el polvo al pasajero que baja del

La más antigua é importante de estas agencias fué

fundada en 1878 en Berlín por Roberto Tessmer; empezó con un solo empleado; en 1881 tenía 20; en 1891, 70, y actualmente cuenta más de 300. Su primer catálogo comprendía muy pocos números impresos en una sola hoja de papel; el décimo se componía de 900 números; el vigésimo de 1.200, y el cuadragésimo primero y último, 7.000. Estos 7.000 números abarcan la casi totalidad de la actividad humana. Puede pedirse á la agencia cualquiera dirección; basta indicarle la índole del dato que se desea para tener la seguridad de ser servido: la agencia tiene respuesta para todo y sus fichas están clasificadas tan cuidadosamente, que nada se le escapa.

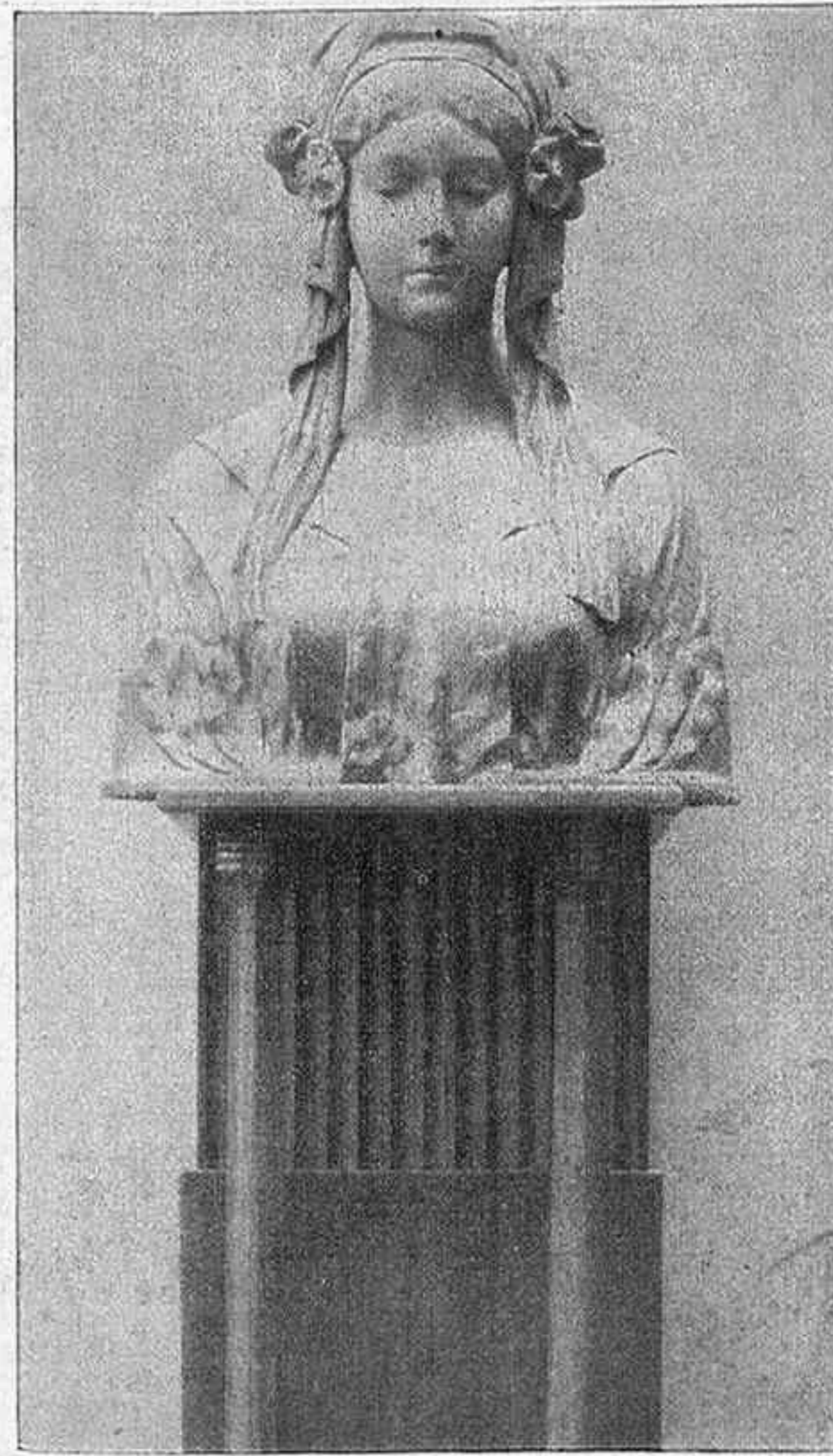
Si un comerciante de juguetes quiere conocer las direcciones de las familias alemanas ricas y prolíficas, la agencia le indicará en seguida un grupo en el que cada familia acomodada tiene por lo menos ocho hijos. Si alguien desea colocar artículos que puedan convenir á recién casados y necesita conocer los nombres de los novios que están para contraer matrimonio, la agencia se apresurará á comunicarle sus listas. Del mismo modo indica los nombres de los grandes y pequeños rentistas de una provincia, los de las personas que van á pasar el verano en Suiza, los de las que viajan por mar, los de los aficionados á la caza, á la pesca, etc. Está tan al corriente de todas las especialidades, que puede facilitar al público hasta las informaciones al parecer más insignificantes.

Montada de esta suerte y considerando que no se concreta á Alemania solamente, sino que comienza á conquistar el resto del mundo, la agencia de direcciones de Roberto Tessmer es un Bottin colosal puesto siempre al día.

El primer año de su existencia, la agencia no facilitó más que algunos millares de direcciones; el año pasado proporcionó más de 36 millones y dió al Es-



Asas en bronce modeladas por Ingram Taylor. (Reproducción autorizada por los Sres. Ismay Imrie Co.)



Busto en barro cocido dibujado por el profesor R. Hamel y ejecutado por Francisco Stahl

no haber sido hallados los destinatarios.

Además, para comprobar la realidad de las calificaciones que dan de sí mismos los interesados (pues los hay que quieren hacerse pasar por comerciantes al por mayor siendo simples intermediarios ó por fabricantes siendo sólo comerciantes), las agencias de direcciones están asociadas con las agencias de informes, y este sentimiento de mutualidad es una de las mayores fuerzas de la Alemania moderna.

Por los servicios que prestan, pueden las agencias de direcciones vanagloriarse con razón de trabajar admirablemente por la extensión de la industria y del comercio alemanes.—S.

ASAS EN BRONCE, MODELADAS POR INGRAM TAYLOR.—BUSTO EN BARRO COCIDO DIBUJADO POR R. HAMMEL Y EJECUTADO POR FRANCISCO STAHL.

Los dos objetos artísticos que adjuntos reproducimos están ejecutados dentro de tendencias distintas, pero son igualmente bellos. Las asas modeladas por el artista inglés Ingram Taylor recuerdan las labores análogas de los artistas del Renacimiento

y cautivan por la finura del modelado, por la elegancia de la composición y por la gracia de las líneas: la ejecución revela la mano de un cincelador habilísimo, circunstancia tanto más digna de encomio cuanto que su autor se ha dedicado siempre especialmente á la pintura.

El busto de barro cocido pertenece al género mal llamado modernista, y tiene toda la severidad y sencillez que caracteriza á las producciones de los artistas que se inspiran en los cánones del prerrafaelismo, esa escuela que tantos prosélitos ha hecho en Inglaterra y que desde allí se ha extendido por las demás naciones.—X.

El busto de barro cocido pertenece al género mal llamado modernista, y tiene toda la severidad y sencillez que caracteriza á las producciones de los artistas que se inspiran en los cánones del prerrafaelismo, esa escuela que tantos prosélitos ha hecho en Inglaterra y que desde allí se ha extendido por las demás naciones.—X.

El busto de barro cocido pertenece al género mal llamado modernista, y tiene toda la severidad y sencillez que caracteriza á las producciones de los artistas que se inspiran en los cánones del prerrafaelismo, esa escuela que tantos prosélitos ha hecho en Inglaterra y que desde allí se ha extendido por las demás naciones.—X.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curado por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Paisaje, cuadro de José María Marqués

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE, O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
 ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos
 Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

Paris, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS.

EL MISMO FOSFATADO
 Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos à quien los solicite dirigiéndose à los Sres. Montaner y Simón, editores

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!
 Tratado de curaros con la Legítima

PISTOIA PLANCHE
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA
 el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

En Marsella (Francia).
 En todas las Farmacias bien surtidas.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y sano.
 B^e St-Denis, 48

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN